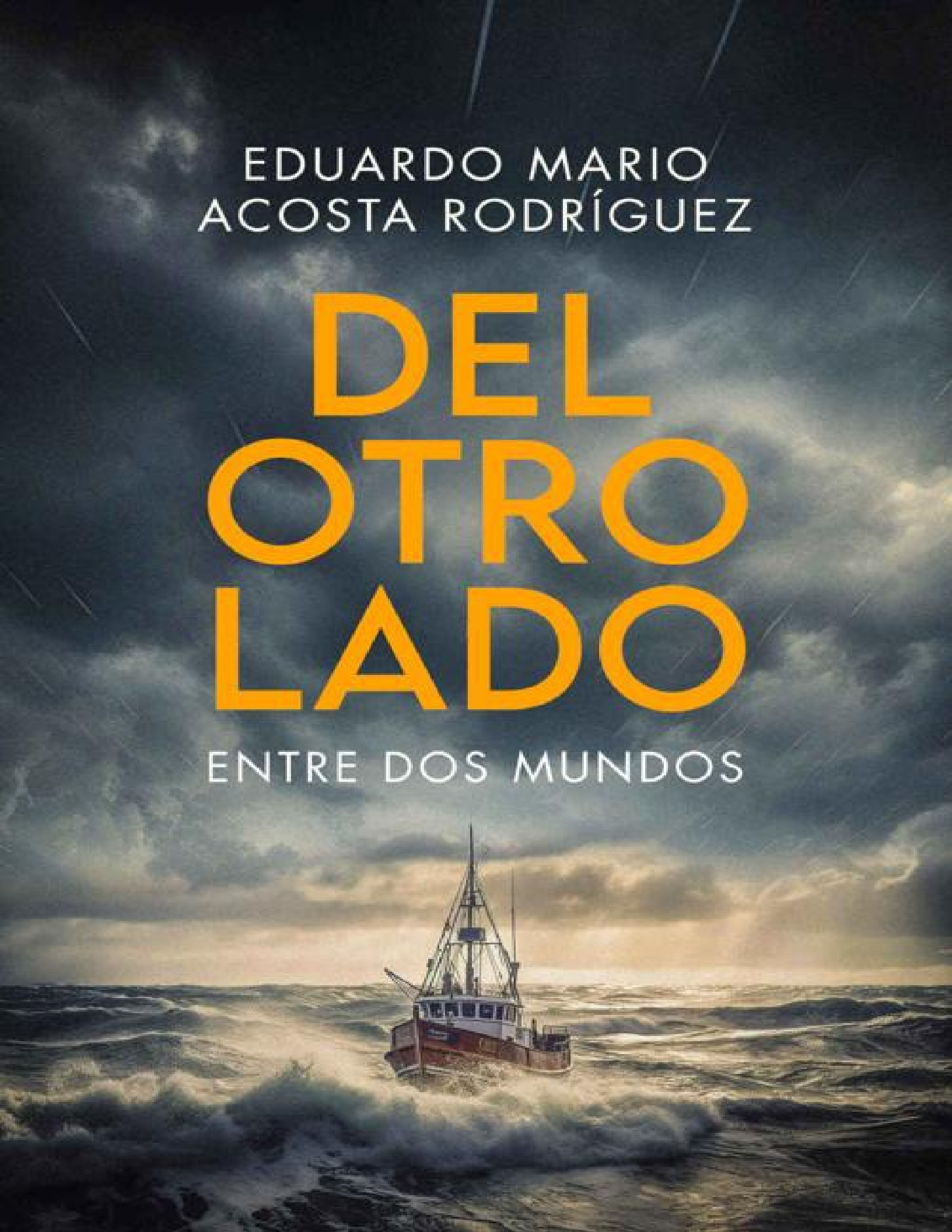
EDUARDO MARIO
ACOSTA RODRÍGUEZ

DEL OTRO LADO

ENTRE DOS MUNDOS



DEL OTRO LADO

Entre dos mundos

EDUARDO MARIO ACOSTA RODRÍGUEZ

Del Otro Lado

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Maquetación: www.editatulibro.net

© Eduardo Mario Acosta Rodríguez, 2024

Por favor, escanea este código QR.



Con todo mi cariño a los compañeros de trabajo de estos últimos 12 años de mi vida. Sin ellos no estaría hoy dónde estoy.

Gracias

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1: LA PRIMERA TORMENTA
CAPÍTULO 2: EL REENCUENTRO
CAPÍTULO 3: UNA BODA Y UN FUNERAL
CAPÍTULO 4: LA ESTRATEGIA
CAPÍTULO 5: LA SEGUNDA TORMENTA
CAPÍTULO 6: UN NUEVO MUNDO
CAPÍTULO 7: EL REGRESO

PRÓLOGO

Entre nuestro maravilloso planeta y un rincón galáctico donde los vientos susurran secretos antiguos y las estrellas parecen más cercanas, se entrelazan las vidas de tres almas intrépidas: Joana, Rubén y Anán. Sus caminos se cruzaron en un momento crucial forjando un amor que desafiaría el tiempo y el destino.

Joana, con sus ojos de un verde clarísimo y su determinación en la vida ha estado siempre en busca de su felicidad. Su honestidad y valentía la han llevado a descubrir verdades ocultas y a enfrentar peligros inimaginables.

Rubén, en cambio, ha vivido a la sombra de sus propias inseguridades. Con una mente brillante, pero un corazón atormentado, ha luchado por encontrar su lugar en el mundo, que parece demasiado vasto y complejo. Su encuentro con Joana le dio un propósito, una razón para seguir adelante y enfrentar sus miedos.

Anán, el enigmático y sabio, es la pieza que termina de armar la vida de Joana. Conocedor de secretos antiguos y poseedor de una serenidad inquebrantable ha guiado a Joana en sus momentos de mayor incertidumbre. Su presencia es un faro de esperanza, una promesa de que, a pesar de las adversidades, siempre, siempre, el amor triunfa.

Juntos, estos tres personajes, nos llevarán de la mano. Su historia es una oda a la amistad, la valentía y el amor.

Acompaña a Joana, Rubén y Anán, mientras se desplazan por lo que llamamos vida, con sus maravillas y peligros. En estas páginas encontrarás una serie de aventuras y descubrimientos Permite que sus experiencias te inspiren y que sus lecciones resuenen en tu corazón. Porque al final, esta historia no es solo la de ellos, sino también la nuestra.

CAPÍTULO 1
LA PRIMERA TORMENTA

Una masa de aire frío, bajas presiones en niveles altas de la troposfera y aquella borrasca en el mediterráneo fueron los ingredientes fundamentales de aquel revoltijo de invierno en plena primavera del 2021. Las temperaturas habían sufrido un desplome de 10 grados en general y en Castilla y León las lluvias más fuertes dejaron 50 litros por metro cuadrado y tormentas con más de 2.800 rayos. Mientras tanto, en otras localidades cercanas se producía la nevada más intensa del mes de abril en 20 años.

Todo comenzó de pronto, el cielo estaba oscuro y encapotado, las temperaturas habían descendido considerablemente y el aire soplaba con bastante intensidad. Eran las 21.45 y hacía 10 minutos que Joana había salido de su trabajo en la residencia donde ejercía de enfermera en el turno de tardes y sabía que debía parar a repostar porque el indicador de su coche ya estaba en reserva. Decidió hacerlo en una estación Repsol que se encuentra a unos 7 km saliendo de Zamora por la carretera N122 que va a Portugal donde casi nunca había clientes y el servicio era rápido. Para su sorpresa, cuando entró en la estación había una pequeña cola, parece que el mal tiempo les hizo pensar lo mismo a varias personas. Pasaron unos minutos hasta que le tocó el turno.

—Buenas noches, llénelo por favor, le dijo al empleado.

—Si es que se pueden llamar buenas, se está armando una tormenta tremenda. ¿Va usted muy lejos?

—Hasta Braganza.

—Pues sí que va lejos, yo que usted me daría prisa porque en nada estará lloviendo y por lo que veo no será cosa de poco.

Joana trató de sonreír y se le dibujó una mueca en la boca. Se dirigió al interior, cogió una bolsa de patatas fritas y pagó su cuenta. Salió de la gasolinera y enfiló de nuevo la carretera hacia Braganza. Había pasado el puente del Embalse de Ricobayo a unos 24 km de Zamora cuando todo el cielo se iluminó de pronto haciendo que Joana se sobresaltara.

—¡Dios mío!, ¿qué es esto?, se preguntó.

De repente una explosión de rayos y truenos la puso en alerta, su cuerpo se puso tenso y sus manos se aferraron al volante como si este fuera su única salvación, pasaron unos 10 minutos y entonces estalló. El agua comenzó a caer como si de una manguera a presión se tratara, el limpiaparabrisas no era capaz de despejar aquel volumen de agua y Joana tuvo que aminorar la marcha porque no era capaz de ver ni la carretera. Estaba conduciendo por instinto, llevaba 1 año haciendo ese recorrido casi todos los días por lo que conocía bien el trayecto. Pensó en detenerse,

buscar la salida de algún camino, pero era imposible, no se veía nada, no tenía espacio en el arcén y los coches que venían detrás eran un peligro, porque tampoco verían nada. Tenía que seguir conduciendo, no había otra. Se inclinó lo más que pudo hacia el parabrisas para poder divisar la carretera, el agua seguía cayendo a raudales y de vez en cuando un relámpago le dejaba ver el panorama por un segundo. Estaba angustiada, cansada, y por un instante, le entraron unas ganas de gritar incontrolables, pero se contuvo, no podía permitírselo precisamente en ese momento.

Entonces, como mismo apareció, desapareció, el aguacero se convirtió en una fina llovizna y Joana por fin pudo ver la carretera con la luz de los faros, soltó un suspiro de alivio y se concentró en averiguar por donde iba. De pronto vio unas luces y se ubicó al instante, estaba entrando en un pueblo que se llama Fonfría, más relajada abrió el paquete de patatas fritas con los dientes y comenzó a comerlas sin dejar de mirar la carretera.

Pero, ¿cómo había llegado ella a estar allí, sola, conduciendo por una carretera comarcal en medio de una tormenta?

Su Padre era originario del distrito Viana do Castelo, al norte de Portugal con costas al Atlántico, cuando se casó con su madre se fueron a vivir allí. Tuvieron 2 niñas Joana y Carla. Su madre, Andreia, era originaria del distrito de Braganza, también al norte, pero limítrofe con Zamora, provincia española. Cuando murieron los padres de Andreia, heredó la casa y entonces decidieron cambiarse para Braganza por cuestiones económicas. Por entonces Joana tenía 10 años.

Cuando Joana terminó el bachillerato se matriculó en la Escuela Superior de Salud de Braganza en la especialidad de enfermería. Antes de graduarse estuvo haciendo prácticas en el Centro Hospitalar Do Nordeste y ya graduada encontró trabajo en una residencia para personas mayores, pero no estaba contenta, por un lado, las condiciones de trabajo, que eran pésimas y por otro, el salario, que estaba muy por debajo de sus expectativas. Allí estuvo tres meses, hasta que le llegó una propuesta de trabajo para irse a Madrid, también en una residencia, pero con otras condiciones. Cuando llegó allí no sabía casi nada de español, la pusieron en el turno de noches y por el día después de descansar un poco se ponía con el idioma y pronto hablaba español bastante bien. Allí conoció muchas amigas, incluida Inés, una chica que también era de Braganza. Al cabo de un año muchas amigas se habían ido buscando mejoras, ya sea salarial o de ubicación, una de ellas era Inés que estaba trabajando en una residencia de bastante prestigio en Zamora, una ciudad de la Comunidad Autónoma de Castilla y León y que se encuentra tan solo a 104 km de Braganza, ella fue la pieza clave para que Joana consiguiera trasladarse a esta residencia.

Ahora Joana llevaba un año como enfermera en el turno de tardes y hacía el trayecto en coche desde Braganza hasta Zamora, y viceversa, unos 208 kilómetros, casi todos los días. Pero estaba feliz porque le encantaba conducir, se compró un Seat Ibiza de segunda mano, pero en muy buen estado y tenía unos amigos fabulosos con los que pasaba muy buenos momentos. Muchas veces se quedaba en casa de alguna amiga para salir por la noche, ya sea a cenar o a una discoteca, le encantaba bailar bachata. Su trabajo como enfermera lo realizaba de una forma muy eficaz, a pesar de sus 23 años, era muy organizada y certera en sus decisiones, por eso todos la querían mucho, desde sus compañeros, los abuelos, los familiares y la dirección de la residencia. Pero, ¿valía la pena todo aquel sacrificio?, reflexionó Joana.

—¡Pues claro que sí!, se dijo a sí misma.

Sin ir más lejos, aquella misma semana había salvado una vida y las imágenes del suceso

comenzaron a pasar por su mente de una forma clara. Se encontraba realizando unas glucemias de rutina en una de las plantas cuando Enelso, el auxiliar del turno, la llamó algo asustado. Una señora estaba muy pálida y sudorosa y no respondía a los estímulos. Cuando Joana llegó ya no respiraba, inmediatamente le pidió a Enelso que le ayudara a ponerla en el suelo y comenzó a hacerle la reanimación cardiopulmonar mientras Enelso buscaba el carro de reanimación y llamaba a urgencias. Cuando el equipo médico llegó ya la señora respiraba.

¡Buen trabajo!, le había dicho el médico. En la cara de Joana se dibujó una sonrisa de satisfacción, después de aquello quedó exhausta y al día siguiente recibió una llamada de la familia para agradecerle su gesto. La señora se estaba recuperando bien. Solo ella sabía la inmensa satisfacción que sentía cuando esto sucedía.

—¡Sí, sí!, claro que valía la pena, pensó Joana.

Una llamada telefónica la sacó de sus reflexiones, llevaba puesto las manos libres y vio que se trataba de su compañero Enelso.

—Hola guapo, ¿qué pasa?

—¿Que qué pasa?, pues que estoy preocupado, ¿por dónde vas? ¿tú has visto lo que ha caído?, ¿estás bien?

—¡Oye!, te pareces a mi abuelo, estoy bien. Bueno…, ahora, pero ha sido tremendo, he pasado mucho miedo, no podía ver ni por donde iba.

—Pues aquí no ha parado, es horrible, por eso te llamo.

—Tranquilo, ahora mismo estoy casi llegando a Alcañices y aunque está todo muy negro y oscuro llueve poco.

—Tenías que haberte quedado hoy en Zamora, si ya se veía que algo tremendo se avecinaba.

—No creo que tenga peligro ya, parece que la tormenta se ha quedado por detrás.

—Bueno, conduce con cuidado, nos vemos mañana.

—Gracias mi cubano favorito, un besico.

¡Ya lo creo que vale la pena!, pensó Joana mientras seguía engullendo una a una las patatas fritas. Se dio cuenta que tenía mucha hambre, esa tarde apenas había tenido tiempo para descansar, ni tan siquiera pudo tomar un café, el volumen de trabajo de la residencia a veces se tornaba gigantesco, con un par de situaciones inesperadas era suficiente para que la tarde se complicara. También dependía de los auxiliares que estuvieran en turno, cuando estaba “el equipo”, como decía su compañero Enelso, todo fluía de forma armoniosa. El equipo estaba formado por 4 auxiliares y Joana, todos tenían mucha experiencia y trabajaban muy unidos por lo que muchas veces tomaban las decisiones necesarias sin tener que llamarla, lo que le dejaba tiempo para otras tareas.

Esa tarde solo estaba Enelso, porque Patri estaba de vacaciones, Olga había pedido el día libre por cuestiones personales y a Belén le tocaba descanso. Fue una de esas tardes interminables, que cuando pensaba que estaba todo bajo control, surgía un problema nuevo.

Joana siguió divagando sobre estos temas mientras conducía su coche por aquella carretera tan familiar, unos pocos minutos más y estaría en Alcañices, pueblo de la comarca de Aliste, famosa por la calidad de su carne de ternera. Entonces en 40 minutos más, estaría segura en su casa, se daría una ducha calentita, tomaría un vaso de leche tibia con galletas y se metería en su mullida cama. Un suspiro de consolación se le escapó al pensar en esto último. Seguía cayendo una fina cortina de agua y la carretera se veía reluciente a la luz de los faros, que alumbraban arrancando destellos al agua, como si fueran gemas enviadas desde el cielo. Estaba circulando por una recta de varios kilómetros, su Seat marcaba los 90 km por hora, alcanzó a ver el cartel de

Vivinera un pueblito que dista unos 3,5 km de Alcañices, agitó con una mano el paquete de patatas que estaba casi terminado y desvió la vista hacia el asiento de al lado medio segundo para coger la siguiente y cuando volvió, sus ojos se encontraron, estaba a solo unos 30 metros de distancia en medio mismo de la carretera. Era un lobo, un par de ojos almendrados que la miraban, paralizados por el resplandor de las luces, o por el miedo, el caso es que se quedó plantado en el asfalto como si estuviera sembrado allí. Joana no pensó, su instinto hizo que su pie se clavara en el freno. Los siguientes segundos pasaron como una película a cámara lenta, oyó claramente los chirridos de los neumáticos tratando de aferrarse al asfalto mojado, su propio grito de desesperación y el análisis de la situación, a la izquierda había unas casas y a la derecha 4 árboles gigantes en batería, sus manos giraron el volante con fuerza hacia la derecha, las ruedas delanteras patinaron y finalmente obedecieron sus órdenes, dejando al lobo a tan solo unos centímetros.

El lobo finalmente salió de su estupor y cruzó hacia la izquierda, desapareciendo en la oscuridad. Joana notó como su coche hacía contacto con la hierba mojada, los amortiguadores crujieron como si se hubieran partido en dos y en un acto desesperado dio un volantazo hacia la derecha para tratar de esquivar el golpe contra los árboles, pero ya era tarde, la colisión era inminente, cerró los ojos y contuvo la respiración. En ese momento el coche chocó contra los árboles que se alzaban como barreras en ese lado de la carretera por el lado delantero izquierdo. Escuchó el estruendo, los chirridos del metal al retorcerse, el golpe contra el árbol, sintió un dolor agudo en su pierna izquierda y algo muy caliente que empapaba su cara. Después, nada.

Eran las 22.30 cuando Rubén se subió a su coche, con pocas ganas, para dirigirse a Fonfría a visitar a su novia, estaba cansado y al día siguiente tenía que atender a varios pacientes en su consulta particular de fisioterapia, en el centro de Alcañices, pero prefería el cansancio a tener que escuchar el sermón de su novia si no se presentaba.

Hacía bastante frío y caía una llovizna fina, no obstante, decidió seguir adelante, estaría una hora como mucho y luego regresaría al pueblo.

A esa hora no circulaba nadie por aquella zona, al llegar al cruce de Vivinera vio el siniestro, el coche echaba humo por el radiador y tenía las luces encendidas, sin pensarlo, paró el coche a la derecha y corrió hacia allí con rapidez.

—¡Eh, eh, eh!, ¡Señorita! despierte.

Trató de abrir la puerta del conductor y fue imposible, estaba retorcida por el impacto, pero el vidrio estaba roto y pudo darle unas cachetadas para reanimarla, seguidamente viendo que no reaccionaba le tomó el pulso y comprobó que latía correctamente. Dio la vuelta y entró por la puerta derecha.

—¡Señorita, señorita! Volvió a zarandearla ¿está bien?

Aquella voz le llegó como desde muy lejos y comenzó a abrir los ojos, pero todo estaba borroso, notó algo pegajoso en su cara e instintivamente se llevó la mano a la ceja izquierda, tratando de enfocar la cara de aquel desconocido.

—¡No te muevas!, por favor, mírame y dime: ¿cómo te llamas?

—Me llamo Joana.

—Bien Joana, estate tranquila, voy a llamar una ambulancia y saldrás de aquí lo antes posible.

Rubén salió y se encaminó a su coche en busca del móvil, para Joana todo era confuso todavía, se dio cuenta que llovía y que algunas gotas entraban por la ventanilla rota, poco a poco giró la vista hacia la figura que se alejaba. Pudo ver a un hombre alto, con un abrigo azul y vaqueros ajustados. Poco a poco fue dándose cuenta de lo sucedido, comenzó a sentir dolor en la

rodilla izquierda, se miró las manos y estaban llenas de sangre, en su regazo había fragmentos de vidrio y una punzada intensa comenzó a latir en su sien izquierda.

Los recuerdos regresaron de pronto, el coche, la tormenta, el lobo, el hombre. Quiso comprobar si aquel hombre era real o estaba imaginándolo. Volvió un poco la cara y a través de la ventanilla rota pudo verlo, en ese momento hablaba por teléfono y se dio la vuelta caminando hacia ella. Sí, parecía que era real.

—Escucha, la ambulancia está de camino, trata de no moverte hasta que lleguen los sanitarios. Me llamo Rubén Fernández y soy fisioterapeuta.

—¿Y el lobo? Balbuceo Joana con un hilo de voz.

—¿Qué? ¿a qué te refieres? Preguntó Rubén algo confuso.

—Había un lobo en la carretera.

—¡Ah! Ya entiendo, no te preocupes, al parecer está bien, no hay rastro de él, respondió Rubén algo aliviado, porque había pensado que estaba desvariando.

Joana comenzó a temblar, tenía todo el lado izquierdo empapado por la lluvia que entraba por la ventanilla y sus extremidades comenzaban a entumirse. Rubén se dio cuenta y se quitó su abrigo colocándoselo por delante para paliar el frio.

La ambulancia llegó en apenas unos minutos y después de evaluar la situación decidieron sacarla por la puerta derecha, según el examen preliminar había una lesión en la rodilla izquierda y una herida por encima de la ceja izquierda. Una vez colocada en la camilla y antes de meterla en la ambulancia Rubén se puso a su lado y la miró ya más tranquilo.

—¡Qué preciosa es! Se sorprendió pensando y al mismo tiempo ruborizándose por aquellos pensamientos inoportunos.

—¡Gracias!, alcanzó a decirle Joana antes que cerraran las puertas.

En urgencias del puesto médico de Alcañices un médico hizo las primeras evaluaciones, ordenó coser y curar la herida de la ceja y realizaron una radiografía simple de rodilla para descartar fracturas. Era evidente que alguna lesión había, la inflamación y el dolor cada vez más agudo así lo confirmaban. Un guardia civil se acercó para realizarle algunas preguntas sobre el accidente y hacer el papeleo correspondiente. En ese momento Joana se dio cuenta que no tenía su bolso, ni su teléfono, se acordó de sus padres, que seguramente se preocuparían por su demora. Iba a incorporarse para responder al policía cuando vio aparecer a Rubén con su bolso debajo del brazo y un teléfono en la mano.

—Perdón, he decidido recoger tus cosas, por si te hacían falta. El teléfono estaba en el piso del coche, pero parece que está bien.

—No tenías por qué molestarte, ya bastante hiciste, pero te lo agradezco, aquí tengo todo lo que necesito.

—Quieres que llame a alguien, familia ¡quizás!

—No te preocupes, será mejor que lo haga yo, así comprueban que estoy bien y no se asustan.

El teléfono de Rubén comenzó a sonar, pidió disculpas y salió del cubículo donde se encontraban. Joana lo siguió con la mirada, ¿por qué le atraía tanto aquel hombre?, no era especialmente guapo, pero había algo que llamaba poderosamente su atención, quizás su aplomo, su mirada limpia, su cuerpo fornido o su amabilidad. Mientras Joana hablaba con sus padres seguía mirando como Rubén se desplazaba de un lado a otro un poco nervioso.

—¡Ya te dije que me fue imposible!

Alcanzó a oír Joana antes que su voz se difuminara con los demás ruidos del ambiente. Hacía una hora ya que estaba en el centro de salud cuando volvió el médico.

He decidido llamar a Braganza para que venga una ambulancia a buscarte. Es necesario hacerte una resonancia para ver bien la rodilla y que te realicen un tac para descartar cualquier complicación por el golpe en la cabeza, aunque no creo que la haya.

—De acuerdo, gracias doctor, le contestó Joana.

—De momento te inmovilizamos la pierna, nada de apoyarla hasta que tengas un diagnóstico certero. Te pongo algo para el dolor.

—Gracias.

—¿Qué tal la rodilla? Resonó la voz de Rubén que asomó la cabeza por la puerta.

—¿Todavía estás aquí?

—Es que me preocupas, me siento responsable.

—No deberías, estoy más tranquila, me pondrán algo para el dolor ahora, han llamado una ambulancia para que me trasladen a Braganza y mis padres están de camino.

—Sí, lo sé, el médico es amigo mío, hemos estado hablando. Por la apariencia de la rodilla es posible que tengas un esguince en el ligamento cruzado posterior, es común en accidentes como el tuyo.

—¡Vaya! Exclamó Joana con cara de asombro.

—Soy fisioterapeuta ¿recuerdas?

—¡Sí!, lo recuerdo. Por cierto, yo soy enfermera.

—¡Ah sí! Mira, qué casualidad.

Se hizo un silencio incomodo, parecía que ninguno de los dos se atrevía a romperlo y de vez en cuando sus miradas se cruzaban dejando ver un atisbo de vergüenza y timidez. Finalmente, Rubén, en contra de su propia voluntad se sorprendió a si mismo con su voz:

—Bueno, creo que no te molesto más, no quiero parecer pesado. Por favor si necesitas cualquier cosa puedes localizarme en mi consulta, se llama Centro de Rehabilitación Armonía y está a 100 metros de aquí.

—Gracias por todo Rubén, has sido muy amable.

—No se merecen, que vaya todo bien.

—Adiós.

Dos días después del accidente Rubén franqueo la puerta de hierro que sirve de entrada al pequeño cementerio de Alcañices, llevando en sus manos un ramo de rosas blancas y se encaminó taciturno hacia uno de los panteones ubicados a la derecha, construido todo de granito, donde había un epitafio con dos fotografías pequeñas en el encabezado y un jarrón a cada lado que contenían un ramo de rosas blancas cada uno, ya secas.

Habían pasado 18 años de aquel fatídico día en el que el destino había arrebatado de un plumazo la vida de sus padres. La tumba había estado abandonada por muchos años, hasta que Rubén cumplió los 24 y se llenó de valor para visitarla, ahora tenía 29 y la visitaba con frecuencia. Se puso en cuclillas delante del panteón y contempló las fotos por un rato, suspiró y se puso a limpiar un poco la lápida, quitó las flores secas y colocó los ramos nuevos, no sabía por qué tenía el vago recuerdo de que las rosas blancas eran las flores preferidas de su madre.

—Cada vez que iba al cementerio la película comenzaba a rodar por su cabeza, la veía muy claramente y siempre comenzaba dos días antes en medio de aquella discusión. Podía ver a su madre moviéndose de un lado a otro de la cocina con aquel pañuelo en la cabeza y escuchar su voz enérgica:

—¡He dicho que no hay partido y no hay partido! Tienes que aprender a priorizar.

—¡Pero mamá!, si solo es un partido, te prometo que pasaré el resto de la semana estudiando.

—Mira Rubén, olvídate del futbol mientras tengas malas calificaciones. Ahora me odiaras,

pero en el futuro me lo agradecerás.

—Pero vamos mujer, escuchaba decir a su padre que se plantaba en la puerta de la cocina, si solo ha tenido una calificación baja, no creo que por un partido vaya a perder el curso.

—Ahora es un partido de futbol, mañana un cumpleaños, después que quiere jugar con sus amigos y al final, adiós curso.

—Porfa, mamá, todos mis amigos van, yo seré el único tonto, se reirán de mí, porfa.

Rubén veía como el rostro de su madre se iba transformando poco a poco, hasta casi poder ver su dulce sonrisa asomar en su bello rostro. Miró a su padre, quien le hizo una señal de triunfo con los dedos.

—Bueno, ¡vale!, pero que sepas que la próxima vez que tengas malas calificaciones te pondré un castigo de larga duración.

—¡Síiiii!, dijo Rubén dando saltos y lanzándose a los brazos de su madre, loco de alegría.

El partido de futbol se celebraría en el campo de la Era, ubicado en un pequeño pueblo llamado Samir de los Caños a unos 18 km de Alcañices. Rubén podía ver muy claramente como sus padres colocaban a su hermanito Ricardo en la silla, en la parte trasera del coche, podía sentir el entusiasmo con el que se subió al coche y se sentó al lado de su hermano y podía sentir el aire entrando por la ventanilla mientras el coche avanzaba por la carretera. Luego los gritos, el frenazo, el golpe, la confusión, el caos. Casi estaban por llegar cuando en una curva un tractor saliendo de una finca se les atravesó sin dar tiempo a nada.

Rubén se llevó las manos a la cara empapada en lágrimas, se puso de pie, buscó un pañuelo en el bolsillo de su vaquero y se limpió. Se acercó y pasó con suavidad sus dedos por la foto de su madre primero y luego por la de su padre.

—¡Lo siento tanto!

Salió del cementerio sin apenas darse cuenta por donde caminaba, estaba sumido por completo en los recuerdos. Tenía tan solo 11 años cuando sucedió la catástrofe y su hermanito Ricardo acababa de cumplir 3. Todo fue muy confuso después del funeral, su madre no tenía familia cercana y su padre dos hermanos casados y con hijos sin apenas medios económicos, por lo que no podían hacerse cargo de dos niños más. Los servicios sociales tuvieron que hacer frente a la situación, los primeros meses estuvieron juntos en un centro de acogida de Zamora, pero pronto encontraron una familia de acogida para Ricardo. La separación fue desgarradora, a Rubén no se le olvidaría jamás la perreta que armó su hermano aferrándose a él dando gritos, su cara llena de lágrimas y sus manitas extendidas. Después de eso se vieron muy poco, Rubén permaneció en una residencia de acogida hasta que terminó la primaria y posteriormente ingresó en el IES José Luis Gutiérrez en Muga de Sayago alojándose como interno en la residencia. Fueron unos años muy duros, tuvo que convivir con otros jóvenes que llegaban con serios problemas de conducta, pero su carácter se forjó convirtiéndose en un estudiante ejemplar. Cuando terminó el bachillerato obtuvo una beca para estudiar Fisioterapia en la Escuela Universitaria de Enfermería y Fisioterapia USAL de Salamanca. Para entonces cumplió los 18 años y pudo acceder a la parte que le correspondía de las cuentas congeladas de sus padres y poner en orden los papeles de la casa que tenían en Alcañices. Se puso en contacto con Ricardo, que estaba viviendo con su segunda familia de acogida y tenía 10 años. Le prometió que en cuanto se graduara pediría oficialmente su custodia. A los 22 años Rubén se graduó de fisioterapeuta, regresó al pueblo, alquiló un local y montó su propia consulta. Solicitó la custodia de Ricardo, quien estaba empezando la secundaria y una vez que la tuvo se lo llevó al pueblo y lo matriculó en el IES ALISTE, de Alcañices, pero la convivencia no fue fácil, Ricardo se había

convertido en un adolescente rebelde, las peleas se convirtieron en algo diario y las quejas de la escuela no paraban de llegar, por último, Rubén decidió matricularlo en el internado de Muga de Sayago, donde él sabía que tendría la oportunidad de cambiar. Cada 15 días lo recogía el viernes y pasaban juntos el fin de semana. Cuando estaba en último curso de bachiller Rubén se llevó un susto, lo llamaron un lunes en plena madrugada para decirle que habían tenido que enviar a su hermano para el hospital. Cuando se presentó allí, el médico le explicó que Ricardo tenía diabetes tipo II, que estaba avanzada y tenían que pautar insulina de forma permanente. Le explicaron cómo llevar la dieta, que tenía que hacer ejercicios regularmente, ponerse la cantidad indicada de insulina y chequear los niveles de azúcar en sangre diariamente.

Ahora Ricardo tenía 21 años y estaba a punto de graduarse de Gestión de Alojamientos Turísticos, carrera que había escogido porque decía que quería viajar por diferentes países y que ese trabajo le daría esa oportunidad.

Si antes había odiado a Rubén porque lo había enviado al internado para deshacerse de él, ahora ya más maduro se lo agradecía, se daba cuenta que sin su hermano su vida no sería igual, se había tomado muy en serio su carrera haciendo énfasis en los idiomas inglés y francés, los que reforzaba con clases nocturnas. Se había establecido en Madrid por lo que casi no se veían, los fines de semana trabajaba como camarero para ayudar a Rubén con los gastos, pero, hablaban casi todos los días. Quería que su hermano estuviera orgulloso de él.

Cuando Rubén llegó a su coche se encontró con el doctor Jorge Leyva, estaba apoyado en el capó comiendo unos nachos directamente del paquete. Cuando lo vio llegar se incorporó y le lanzó el paquete a Rubén.

Este, quien seguía absorto en el pasado lo atrapó en el aire, sorprendido por la presencia de su amigo.

—Yo te hacía en Zamora, por lo de la conferencia, le dijo Rubén.

—Y estaba, pero regresamos anoche, Patri no se encontraba a gusto y ya sabes, las mujeres mandan.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Nada! Te vi pasar, supuse que vendrías al cementerio y se me ocurrió venir para invitarte a tomar algo.

Jorge llevaba 4 años como médico en Alcañices, tenía la misma edad de Rubén, fueron juntos al colegio hasta que sucedió la catástrofe y estaban en el mismo equipo de futbol. Después se perdieron la pista hasta que se encontraron en Salamanca, Jorge estudiaba medicina y Rubén fisioterapia, a partir de entonces retomaron la amistad y ahora eran inseparables.

En Salamanca Jorge conoció a Patricia, una chica de Rabanales que estudiaba enfermería. En esos momentos llevaban tres años casados y tenían un niño. Rubén fue testigo en su boda y padrino del chico. En ocasiones por la forma en que hablaba Jorge de Patricia, Rubén tenía la impresión de que su amigo estaba más enamorado de ella que cuando la conoció en la universidad.

—¡No estarías espiándome!, ¿verdad? le dijo Rubén.

—Vamos hombre, si te conozco como si te hubiera parido.

Rubén hizo un gesto con la cabeza, entornó los ojos y se apoyó contra la coche.

—¿Cómo está Patri?

—Ahora bien, me vuelve loco cuando se separa del niño, no confía ni en su madre. Si no regresamos anoche le da algo. ¿y tú? ¿cómo lo llevas? Preguntó Jorge suavizando un poco la voz.

Rubén se encogió de hombros, desviando la mirada.

—Estoy bien. Dijo por lo bajo, restándole importancia.

Jorge no quiso insistir. Sabía que Rubén no diría nada más. La muerte de sus padres era un tema del que nunca hablaba. Metió la mano en la bolsa que sostenía Rubén y cogió un nacho, lo metió en su boca y su rostro se tornó algo pícaro.

—¿La has vuelto a ver?

—¿Ver a quién?

—Vamos Rubén, sabes de lo que hablo, a la chica del accidente.

—¡Ah! Joana, no, no he sabido nada de ella. ¿por qué lo preguntas?

—Mira Rubén, te conozco mejor que a mí mismo, he pasado por todos tus conflictos amorosos y sé cuándo una chica te interesa de verdad. Y esta te interesa y mucho.

—Bobadas, una más del montón, dijo Rubén esquivando la mirada de su amigo y haciendo un esfuerzo por mantener su compostura.

—Vale, en fin, yo no he venido para esto, dijo Jorge ladeando la cabeza y lanzando una mirada tímida a su amigo. Estoy aquí para darte mi apoyo. ¿seguro que estás bien?

—¡Ya te he dicho que estoy bien!

—¿Te apetece que tomemos algo en el pueblo?

—Será mejor que no, estoy un poco cansado y mañana tengo pacientes a primera hora.

—Vale. Entonces ¿qué tal si quedamos para cenar el sábado?

—¿Chuletones a la plancha?

—Naturalmente, dijo Jorge, y de la mejor ternera de España.

—Estupendo, dale saludos a Patri. Oye, que no invite a ninguna amiga por favor. La última vez fue un tormento.

—¿Pero qué dices?, era estupenda.

—¡Si, si!, estupenda, parecía un muñeco de cuerdas de esos que no se le agotan las pilas, bla, bla, bla.

—De acuerdo, se lo diré a Patri.

—Mira cómo lo dices, no quiero herir sus sentimientos.

Jorge hizo un gesto de aprobación mientras rebuscaba en sus bolsillos las llaves. Le dio un abrazo a Rubén y se encaminó a su coche.

—¡Gracias!, le dijo Rubén.

—¿Por el abrazo?

—Por haber venido.

CAPÍTULO 2
EL REENCUENTRO

Joana se encontraba sentada en el salón de la casa, con la pierna apoyada en un banquito alto, a su lado, una cubitera con hielo, unos paños y unas muletas. En su mano derecha sostenía su móvil, deslizaba su dedo por la pantalla haciendo zapping sin encontrar nada interesante, habían pasado 4 días del accidente y ya le parecían 4 meses.

Sus padres la trataban como a una niña, le dejaban absolutamente todo hecho antes de irse al trabajo. Aquella soledad la estaba matando, casi todos sus amigos estaban en Zamora y su hermana estudiaba en Lisboa. Si al menos tuviera un novio, pero eso no estaba en sus planes, la última vez que lo intentó salió muy dañada y no estaba dispuesta a pasar por algo que se interpusiera en su felicidad otra vez. Sin darse apenas cuenta sus dedos teclearon en Google el nombre de la clínica de Rubén. Allí estaba: "Clínica de fisioterapia Armonía", valoración de clientes 4,7 de 5. Aparecían dos fotos, una de la fachada y otra de un cubículo con todos sus muebles. En la descripción decía: "Prevención, Diagnóstico y Tratamiento de Alteraciones Músculo-esqueléticas, Deportivas y Vasculares". Había algunas reseñas de clientes que resaltaban la profesionalidad de Rubén, su buen carácter, su simpatía etc. Sus dedos se movían por la pantalla con agilidad, cuando se detuvo, estaba en Facebook.

—¿Cómo era el apellido de Rubén? Se preguntó. Alvares, Hernández, Fernández. ¡Si!, creo que Fernández fue lo que dijo.

Escribió en la barra de búsqueda: Rubén Fernández, Fisioterapeuta. Aparecieron varios resultados, hasta que lo conoció por la foto.

Empleo: Fisioterapeuta, Formación académica: USAL Salamanca, Lugar de residencia: Alcañices, Zamora, fecha de nacimiento 6 de febrero de 1992, situación sentimental: Soltero.

A continuación, buscó fotos, había muchas, casi siempre solo y casi todas en montañas o bosques, encontró una con una pareja y un niño, parecía un cumpleaños y quiso reconocer al médico que la atendió en el accidente. Nada más. Le pareció extraño no encontrar fotos con su familia ni con ninguna chica, aunque, esas fotos, tuvo que hacerlas alguien, pensó.

Sus dedos siguieron moviéndose, otra vez al buscador: Clínica de fisioterapia Armonía. Página web, ¿cómo llegar?, llamar. Con la mano temblorosa, como si estuviera cometiendo un delito, se llevó el teléfono al oído, a medida que sonaba el timbre su corazón galopaba con mayor fuerza.

—Clínica de fisioterapia, buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? Escuchó una voz de mujer cuando descolgaron.

—Bom día, dijo Joana en portugués, sin apenas darse cuenta. ¡Perdón!, buenos días, dijo

reaccionando y haciendo una mueca con la boca. ¿Podría hablar con Rubén?

—Rubén está en medio de una sesión ahora mismo, pero si me deja su nombre le diré que ha llamado.

—Ah, sí, me llamo Joana, le dijo con un hilo de voz como decepcionada.

—¿Ana?, repitió la recepcionista.

—¡No!, Joana, dijo reafirmando el JO.

—¡Ah! Joana, muy bien, le paso el recado en cuanto termine.

Rubén salió del cubículo en el que se encontraba y de un salto le arrebató el teléfono de la mano a la recepcionista, quien se quedó atónita por aquella reacción tan extraña de su jefe. Joana iba a darle las gracias a la muchacha cuando de pronto escuchó aquella voz que se había quedado grabada en su memoria.

—Joana, ¿todavía estás ahí?

—¡Si, sí!, estoy aquí.

—Hola, dijo Rubén, soltando un suspiro de alivio. ¿qué tal estás? ¿tienes algún problema con la rodilla?

—Hola, no, bueno sí, pero no.

Rubén comenzó a reírse y contagió a Joana a quien después de aquel ataque de nervios le vino muy bien. Estuvieron unos segundos riéndose hasta que Joana ya más tranquila pudo hablar de nuevo.

—Te he llamado porque quería que supieras las conclusiones, pienso que es lo menos que puedo hacer después de tu actuación y tu preocupación.

—Te lo agradezco infinitamente, te lo digo en serio, te habría llamado de haber tenido tu número. ¿puedo quedármelo?, ¿es este no?

—¡Si!, es este, claro que puedes quedártelo.

—¿Te parece si te llamo cuando acabe? Estoy terminando una sesión con un paciente.

—¡Claro!, puedes llamar cuando quieras, yo tengo todo el tiempo del mundo ahora, dijo terminando con una sonrisa.

—Pues hasta luego, y gracias.

—Adiós.

—Anótame ese número, le dijo Rubén a la recepcionista mientras entraba nuevamente a la consulta.

Rubén terminó las sesiones de esa mañana, muy nervioso.

—¿Qué pasa? Se preguntaba. Parece que es la primera vez que voy a ligar con una chica y te recuerdo que tienes novia. Bueno, es sólo una llamada, no significa nada. Era el diálogo interior que mantenía mientras recogía la consulta y la dejaba lista para la sesión de la tarde.

Por fin se sentó y marcó el número que le había dejado anotado la recepcionista.

Sim.

—Hola Joana, soy Rubén.

—¡Ah!, hola Rubén ¿qué tal estás?

—Bueno, ahora bien, ¿qué tal tú?

—Pues quitando que tengo la cara como un monstruo y la rodilla como un jamón, por lo demás bien.

—¿Te hicieron la resonancia y el tac?

—Si, el tac dice que todo está bien, y la resonancia...

—¡No! No me lo digas. Tienes un esguince en el ligamento cruzado posterior.

—Pues sí, no te equivocaste, según el traumatólogo es de 2do grado.

—¿Y qué tratamiento te han puesto?

—Esta primera semana me ha dicho que reposo, rodilla elevada, hielo, me ha dado una venda elástica para sujetar la rodilla y antiinflamatorios. Para desplazarme tengo unas muletas, que, por cierto, llevo fatal.

—¿Y esto dónde ha sido, ahí en Braganza?

—¡No!, mis padres me llevaron a la mutua en Zamora, porque el accidente fue en el trayecto del trabajo a casa.

—¡Ah, pues claro!

—Eso sí, tengo un problema, porque ellos me ofrecen fisioterapia a partir del próximo lunes, pero tengo que ir a Zamora.

—Eso es mucho jaleo.

—Claro, mis padres están viendo a ver si puedo hacer la recuperación aquí, en Braganza.

—¿Puedo ir a verte? Aquella pregunta le salió sin pensar, se llevó la mano a la cabeza esperando lo peor.

—¿Qué? ¡No!, no tienes que hacer eso, yo sólo llamé para agradecerte y que supieras que estoy bien. Respondió Joana sin estar convencida de lo que decía.

—Perdón, he sido muy impulsivo, pero me ha salido así, me siento un poco responsable.

—¿Responsable de qué? Tú no tienes culpa de lo que pasó. Al contrario, la que está en deuda contigo soy yo.

—Bueno, pues me puedes pagar la deuda dejando que vaya a verte y así quedamos en paz.

—Joana soltó una risita nerviosa. Bueno vale, pero deja que lo comente con mis padres para que preparen condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Bueno, al fin y al cabo, eres mi salvador, mereces un recibimiento acorde.

—¿Qué te parece el sábado?

—El sábado me parece genial.

—Pues ya hablaremos para que me digas cómo llegar a tu casa.

—Vale.

Rubén se quedó con el teléfono en la mano. Pero, ¿qué estaba haciendo? Apenas conocía a esa chica, ¿de dónde venían esos impulsos? ¿y su novia? ¿qué hacía con ella? La verdad era que lo de su novia había surgido por casualidad, una noche de fiesta y luego fue ella la que forzó las siguientes citas. Él sólo se dejaba llevar, porque en definitiva no había sentimientos que lo motivaran, estaba cómodo y no se sentía atado, eso era todo. Aparte de ésta, hubo otras chicas, pero cuando la relación se tornaba seria Rubén siempre huía. No sabía por qué, pero sus relaciones nunca llegaban a buen puerto.

Mientras tanto, Joana, en el salón de su casa se quedó en una nube. No podía dejar de pensar en Rubén. Se quedó contemplando un cuadro que había colgado en la pared, todavía temblando e inmóvil, su respiración era rápida y su corazón latía como si quisiera salirse de su pecho.

Hacía un año que había terminado con aquella relación que le dejó un vacío en el corazón, cuando ya estaba segura que Alfonso sería el hombre de su vida, vino la catástrofe. Dejó embarazada a una chica de Braganza y se armó un escándalo terrible, para entonces Joana estaba haciendo los trámites para trasladarse de Madrid a Zamora. Se enteró de todo por sus padres, porque Alfonso desapareció y nunca dio la cara. Tenía la convicción de que no le hacía falta tener pareja para ser feliz, por lo que estaba centrada únicamente en su trabajo, pero el encuentro con Rubén estaba tambaleando aquella convicción.

El sábado Rubén se despertó temprano, a pesar de ser un día, que generalmente, aprovechaba

para dormir un poco más. Había quedado con Joana a las 12 de la mañana, se metió en el baño, se afeitó y se dio una ducha. Después del desayuno se puso a elegir la ropa que se pondría, sacó casi todo el armario para encima de la cama, al final escogió unos vaqueros con un jersey a rayas. Ni él mismo se conocía. Salió de su casa y se dirigió hacia la plaza mayor, entró en la confitería "Isabel" y pidió una bandeja de borrachos, los dulces más típicos de la zona. A las 11.15 estaba ya sentado en su coche listo para partir y entonces se dio cuenta que en Portugal era una hora menos.

Se bajó del coche y estuvo dando vueltas en la casa, mirando el reloj cada 5 minutos, el desgraciado no avanzaba. A las 12.10 se metió en el coche de nuevo y esta vez sí, partió para Braganza.

Por otra parte, en casa de Joana había mucho movimiento, sus padres también estaban ansiosos por conocer a Rubén y darle las gracias por todo lo que había hecho por su hija. Joana, que estaba de reposo, no hacía más que entrar con sus muletas en la cocina, para supuestamente, supervisar cómo iba todo y su madre la echaba dándole en la espalda con el paño de cocina que llevaba siempre en la cintura.

—Pero bueno, ¿qué pasa? Parece que te vas a casar. Es sólo una comida, está todo bajo control. Le decía su madre.

—Lo sé, pero es importante para mí, le respondía Joana un poco colorada.

Finalmente, Rubén entró en Braganza y se detuvo en una parada de autobús para hacer un repaso de la dirección que Joana le había enviado anteriormente. No le resultó muy difícil, porque la casa estaba situada frente a los jardines del castillo, muy conocido por todos en la ciudad.

Era una casa independiente que se veía le habían hecho reformas hacía poco tiempo, porque estaba toda pintada. Tenía un pequeño jardín con una verja de hierro fundido. Rubén aparcó su coche y bajó con la caja de dulces que había comprado en Alcañices. Cuando abrió la verja, se abrió la puerta principal y apareció Joaquim, el padre de Joana.

—Bem-vindo (Bienvenido en portugués)

—Gracias, respondió Rubén extendiéndole una mano.

—Vamos entrar. (Vamos a entrar)

Pasaron al salón y allí estaba Joana, sentada con la pierna en alto, estaba esplendida, a pesar de quedarle rastros del golpe en la ceja. Los dos estaban muy nerviosos, no sabían si darse un beso o simplemente la mano. Finalmente, Rubén le tendió una mano, pero Joana tiró de él hacia ella y le dio dos besos en las mejillas. La situación la salvó Andreia, la madre de Joana, que entró en el salón con mucha alegría y saludó a Rubén efusivamente.

—Mucho gusto en conocerte por fin, estamos muy agradecidos por todo lo que hiciste por Joana, le dijo en un español un poco chapurreado, pero que se entendió.

—No se merecen, el gusto es todo mío.

—La comida está casi lista, pasen a la terraza que estarán más cómodos. Dijo mirando a Joana cómo buscando su aprobación.

—Si, dijo Joana cogiendo las muletas que tenía al lado, vamos a la terraza.

Rubén enseguida acudió a ayudarla, sosteniéndola con cuidado por un brazo. La terraza estaba al fondo de la casa, estaba toda acristalada y como era un día soleado la temperatura estaba agradable.

Joaquim preguntó si querían un vino, cosa que Rubén agradeció. La conversación, algo lenta, porque Joana tenía que ir traduciendo, giró en torno a la rehabilitación de Joana, Rubén explicó según su experiencia lo que se podía esperar en las próximas semanas. Joaquim iba a preguntar algo cuando entró Andreia para anunciar que la comida estaba lista.

Pasaron al comedor, Andreia era una excelente cocinera y quiso sorprender a Rubén con una comida típica portuguesa. De primero, un caldo verde, de segundo, bacalao a la brasa con patatas y ensalada y para el postre un pastel de Belém.

Durante la comida Rubén y Joana intercambiaron miradas furtivas y risas nerviosas. Rubén supo que Joana tenía una hermana que se llamaba Carla y estudiaba en Lisboa, que Joaquim tenía 54 años y era asesor inmobiliario mientras que Andreia tenía 51 y trabajaba en una farmacia de auxiliar. Por su parte los portugueses supieron que Rubén tenía 29 años, que tenía un hermano que vivía y estudiaba en Madrid y que sus padres habían muerto.

—La comida estaba estupenda, le dijo Rubén a Andreia, muchas gracias.

—Me alegro que te haya gustado.

—¿Tomamos un café en la terraza? Preguntó Joaquim mirando a Joana.

—¿Tomas café? Preguntó Joana a Rubén.

—Si, me encanta.

—Pues vamos a la terraza.

Rubén volvió a mostrar su caballerosidad y ayudó a Joana a ponerse de pie. Ya en la terraza, Joaquim se interesó por el tiempo que llevaba Rubén trabajando y por el negocio y Rubén se enteró que Joana llevaba un año trabajando en una residencia para ancianos en Zamora.

—E como é que aos 29 anos, com o seu próprio negócio e sendo tao bonito, ¿voce ñao está comprometido? Preguntó Joaquim mirando fijamente a Rubén.

—¡Pai!

—Que

—¿Mas que pregunta é essa?

—Mas é verdade, é estranho.

Rubén había entendido la pregunta, no hacía falta traducción, se quedó dubitativo por unos segundos y Joana se dio cuenta. Por su cabeza paso su novia, pero desechó la idea de mencionarla.

—Pues digamos que no ha llegado el ideal de mujer que busco para formar una familia. Tal vez he tenido mala suerte.

—¿E seus pais, como morreram? (Y tus padres ¿Cómo murieron?)

Rubén se puso tenso, entendió que preguntaba algo sobre sus padres, su cara se tornó dura y seria, Joana captó el cambio enseguida, pero en eso entró Andreia con el café y la conversación tomó otro rumbo.

Eran las 5 de la tarde cuando Rubén se dispuso a despedirse, estaban en el salón y Rubén, con algo de inseguridad en la voz, se dirigió a Joaquim.

—Quiero pedirle algo, me gustaría mucho hacerme cargo de la rehabilitación de Joana.

La muchacha se puso roja como un tomate, sintió como le subía un calor intenso desde los pies hasta la cabeza.

—No hace falta que hagas esto. Dijo antes de traducir a su padre las palabras de Rubén.

—Pero quiero hacerlo, necesito hacerlo, dijo poniendo énfasis en esto último y mirando a Joana fijamente.

Hubo una pequeña discusión hasta que al final se pusieron de acuerdo, Rubén haría

rehabilitación a Joana tres veces a la semana y Joaquim pagaría los gastos de gasolina.

Durante el trayecto de regreso Rubén reflexionaba sobre lo que había pasado, estaba feliz y al mismo tiempo preocupado, nunca antes se había dejado llevar por sus impulsos, pero había algo que no lo dejaba pensar con claridad, el corazón había tomado el mando y la cabeza no tenía nada que hacer. Tenía que organizarse para llevar a cabo la propuesta que acababa de hacer.

—Tendré que acortar la jornada de la tarde al menos dos días a la semana, pensó. Porque el tercer día podría hacerlo el sábado. Y tendré que resolver lo de mi novia.

Mientras tanto, en Braganza, Joana estaba en la cocina viendo como su madre recogía y fregaba los platos de la comida.

—¿Qué te pareció Rubén? Preguntó al fin a su madre.

—Me parece un chico serio, centrado y muy interesado en ti. Demasiado interesado para el poco tiempo que te conoce.

—Pues yo sigo diciendo que veo algo extraño en ese muchacho. Dijo Joaquim que entraba con las tazas de café.

—Calla, le dijo Andreia apuntándole con un dedo.

—Me callo, dijo Joaquim alzando los brazos como si lo estuvieran deteniendo. Allá ustedes.

—Sea lo que sea, se está portando muy bien, hay que dejar que el tiempo haga su trabajo, dijo Andreia.

Eran cerca de las 7 cuando Rubén llegó a su casa, se bajó del coche y de pronto recordó que había quedado con Jorge para una parrillada en su casa.

—¡Madre mía!, con lo que he comido y ahora chuletones, pensó.

Se fue a subir al coche, pero al instante lo desechó, mejor iría caminando, al fin y al cabo, estaba bastante cerca. Se fue dando un paseo y de pronto se acordó que era sábado y había quedado con su novia esa noche. Definitivamente no tenía ganas, sacó su móvil y la llamó.

—Hola mi amor, escuchó su voz toda contenta. ¿a qué hora vienes?

—Hola, pues mira, por eso te llamo, no voy a poder ir hoy. Dijo levantando los hombros y haciendo una mueca con la boca.

—Pero ¿por qué?

—A Jorge le ha surgido un problema y me necesita, no puedo decirle que no.

—¡Tú siempre igual!, poniendo a todos por delante de mí. Yo soy la última de la fila.

—Vamos, no te pongas así, mañana te lo compenso, lo prometo.

Fue a decirle algo más, pero ya había colgado. Tenía que ponerle fin a todo aquello, pero bueno, hoy no quería pensar en eso.

El chalet de Jorge estaba a la salida del pueblo, tenía un bonito jardín y un patio bien grande con un cenador, que en invierno se cerraba y en verano se abría. Como era abril, todavía hacía un poco de frio, por lo que aún lo tenían cerrado y se podía cenar con un calefactor que dejaba una agradable temperatura. Cuando Rubén tocó el timbre le abrió la puerta Patricia.

—Hola, ¿qué tal estás? Preguntó, abrazándolo y dándole dos besos.

—Todo bien, ya sabes, con la rutina del fin de semana.

—¡Tío Rubén!, oyó una vocecita que corría hacia él tirándose a sus brazos.

—Hola campeón, ¿cómo está hoy mi sobrino favorito?

—Bien, ¿me has traído algo?

—¡Pues no!, pero tengo una sorpresa para ti, que te la daré la semana que viene.

—¿Y cuándo es eso?

—Ja, ja, ja, se rio Rubén. En unos días.

Diego tenía 2 años, era un niño muy espabilado y tenía mucha afinidad con Rubén. Sus

ojos se encendían cuando lo veía.

—Jorge está en el patio, limpiando la parrilla, que hace tiempo que no se usa. Dijo Patricia invitándolo a pasar.

—¡Vaya!, pensé que no venías, como siempre me llamas, le espetó Jorge nada más verlo.

—La verdad es que se me pasó, le dijo Rubén, dándole un abrazo.

—Pasé por la mañana y vi que todo estaba cerrado, ¿dónde estabas?

—En Braganza

—¿Qué? Dijo Jorge soltando la parrilla que tenía en las manos. ¿tan fuerte te ha dado?

—He conocido a sus padres, hemos estado comiendo en su casa.

—¿Y qué tal?

—¡Bien!, le propuse hacerle la rehabilitación.

—¿Aquí en Alcañices?

—No, voy a ir tres veces a la semana a su casa.

—Tú estás loco. ¿quién es este hombre? Gritó Jorge.

—¿Qué hombre? Preguntó Patricia, que salía de la casa asombrada.

—¿Te acuerdas de la chica portuguesa del accidente?

—¡Sí!

—Pues, nuestro amigo se ha enamorado.

—¿En serio?

—Ha estado hoy en Braganza y ha comido en su casa, y por si fuera poco se ha comprometido a ir tres veces a la semana para rehabilitarla allí.

—¡Madre mía!, pero cuéntame más de ella, debe ser muy especial para que estés tan animado.

—Es enfermera, trabaja en una residencia en Zamora, y sí, creo que es especial, dijo Rubén algo colorado.

—¿Pero va y viene todos los días?

—Si

—Vaya palizón. ¿y cómo está ahora?

—Bueno, para la envergadura del accidente está bastante bien. Tiene un esguince en el ligamento cruzado posterior de la rodilla izquierda.

—¿Oye, pero no estabas saliendo con alguien de Fonfría? Preguntó Patricia.

—Nada importante, es algo que tengo que resolver y dejar zanjado mañana.

Patricia preparó la mesa mientras Rubén y Jorge se encargaban de los chuletones. La cena transcurrió amena y divertida, como siempre que se reunían, pero esta vez, Patricia se dio cuenta que Rubén estaba especialmente feliz. Hacía tiempo que no lo veía así.

—¡A ver cuándo la traes por aquí, quiero conocerla!, le dijo Patricia mientras se despedían.

—En cuanto esté lista, se lo propongo, le dijo Rubén.

El domingo por la tarde, Rubén se dirigió a Fonfría, con la determinación de acabar con su relación. Entró en la casa de su novia y se saludaron, ella estaba un poco enojada por el plantón de la noche anterior, esperaba que él se disculpara y la llenara de mimos para compensar. Lejos de eso, Rubén se sentó en el borde del sofá con la mirada clavada en el suelo, sabía que le esperaba un berrinche y que no sería fácil la ruptura. Suspiró profundamente antes de hablar.

—Cariño, necesito hablar contigo sobre algo importante.

—¿Qué pasa? Pareces preocupado.

—Es que…. He estado pensando mucho últimamente y tengo que ser honesto contigo y conmigo. No sé cómo decirlo, pero…. Creo que lo nuestro no va a ningún lado, al menos yo, no estoy enamorado lo suficiente.

—¿Qué quieres decir con eso Rubén? Le preguntó ella con cara de asombro y sorpresa.

—Quiero decir que esto se acabó.

—Y me lo dices así tan pancho, ¿cómo te atreves a decirme eso después de todo lo que he luchado para que esta relación funcione? Le gritó furiosa y conteniendo las lágrimas.

—Lo siento mucho, pero no ha sido suficiente.

—¡Eres un cobarde! ¡No tienes ni idea de lo que significa compromiso! ¡No mereces ni un segundo más de mi tiempo! Dijo ella con furia.

—Entiendo que estés furiosa, pero espero que con el tiempo puedas….

—¡No quiero escuchar ni una palabra más de ti! ¡Fuera de mi vista! ¡Y esto te va a pesar, ya lo verás!

—Lo siento mucho, dijo Rubén abatido, cuando salía por la puerta.

El lunes Rubén estuvo revisando su agenda e hizo algunas variaciones para el martes y el jueves. Le pidió a su recepcionista que se encargara de avisar a los pacientes implicados, del cambio. Esos dos días trabajaría hasta las 6 de la tarde, pensó que con la hora de diferencia podría estar en Braganza a las 6. Contando que estaría con Joana 1 hora podría estar de vuelta sobre las 9 de la noche en Alcañices.

Por la noche estuvo preparando el plan de rehabilitación que llevaría a cabo con Joana. Seguidamente, la llamó por teléfono y le dijo que estaría allí al día siguiente a las 6 de la tarde.

Rubén comenzó a visitar a Joana cada martes, jueves y sábados, para llevar a cabo las sesiones de rehabilitación. Durante estas sesiones comienzan a conocerse mejor y a desarrollar una conexión especial. Los sábados Rubén llegaba sobre las 5 y se quedaba hasta después de cenar por la insistencia de Andreia, quien también comienza a sentir cariño hacia Rubén.

Con el tiempo la relación profesional entre Rubén y Joana se convierte en una amistad profunda y ambos encuentran consuelo y apoyo mutuo mientras ella se recupera de su lesión. La distancia entre Braganza y Alcañices parece acortarse con cada encuentro. Las 6 semanas previstas estaban llegando a su fin y esto hacía que ambos sintieran preocupación por lo que pasaría cuando todo acabara.

Una vez a la semana Joana tenía que visitar a su médico en la mutua para valorar su evolución, algunas veces la llevaba su padre y otras su madre, todas las veces cuando iban de regreso, al pasar por Alcañices, llegaban a ver a Rubén, para ponerlo al tanto de lo sucedido. El médico estaba contento con la evolución, pues Joana se estaba recuperando muy rápido.

Eran buenas noticias, pero Rubén no quería que acabara, aquellos encuentros le daban vida, sentía que su vida giraba alrededor de Joana. Cuando ya faltaban pocos días para que le dieran el alta, durante una sesión, la tensión en el aire era palpable. Sabían que el final de las sesiones estaba cerca y con ellas el fin de sus encuentros regulares. Rubén se sentía nervioso, pero decidido a finalmente expresar lo que había estado sintiendo.

Con el corazón latiendo con fuerza, Rubén se acercó a Joana cuando estaban solos en la habitación. Ella lo miró con curiosidad, percibiendo la seriedad en su expresión.

Joana “Hay algo que necesito decirte” comenzó Rubén, con voz temblorosa pero firme. “Estas últimas semanas han sido increíbles para mí. No sólo como tu fisioterapeuta, sino también como tu amigo. He disfrutado cada momento que hemos pasado juntos, y…” Respiró hondo, reuniendo el coraje necesario para continuar. “Y quiero que sepas que mis sentimientos hacia ti van más allá de la amistad. Me he dado cuenta de que… me he enamorado profundamente de ti.

Joana lo miró con ternura, sus ojos reflejando una mezcla de emociones. Rubén se sintió expuesto y vulnerable, pero también aliviado por finalmente liberar sus sentimientos.

—“Rubén…” murmuró Joana, buscando las palabras adecuadas mientras procesaba la revelación. “No sabes lo feliz que me hace escuchar esas palabras, yo también he sentido algo especial entre nosotros. No sé cómo explicarlo, pero…” Sus labios se curvaron en una sonrisa tímida. “Creo que también estoy enamorada de ti”.

Un suspiro de alivio escapó de los labios de Rubén, su corazón se llenó de alegría y esperanza. Con una sonrisa radiante abrazó a Joana con ternura y permanecieron mirándose fijamente hasta que sus labios se fundieron en un beso interminable. Un beso que ambos habían estado deseando desde los primeros encuentros.

Finalmente, a Joana le dieron el alta el día 2 de junio y retomó su trabajo. Sus compañeros se dieron cuenta de su estado de ánimo porque no podía esconder la felicidad que estaba sintiendo. Cada encuentro con Rubén le suponía una emoción nueva.

— “Caballero, a esta chica el accidente la ha renovado, echa felicidad por todos los poros”. Decía Enelso mientras tomaban un café en el descanso.

—¡Pues sí!, quiero que sepan que me he enamorado.

—¿Qué? Gritó Olga, ¿pero tú estabas de reposo en casa o en una playa en el caribe?

—Para que veas, cuando las cosas están por pasar, pasan.

—¿Pero quién es? Preguntó Enelso.

—El fisio que me hizo la rehabilitación y el mismo que me encontró cuando el accidente. Se llama Rubén y vive en Alcañices.

—Madre del amor hermoso, ¡que romántico! cuando tus hijos te pregunten ¿mamá y ustedes cómo se conocieron? Y tú: En un accidente. Soltó Olga.

Se echaron todos a reír y Joana les contó todo lo que pasó aquel día y cómo Rubén había entrado en su vida.

—A ver cuando lo conocemos, dijo Olga cuando se marchaban a continuar su trabajo.

—¡Eso!, dijo Enelso, tenemos que darle el visto bueno.

CAPÍTULO 3
UNA BODA Y UN FUNERAL

La relación entre Joana y Rubén se fue fortaleciendo poco a poco, cada día, cuando Joana regresaba de su trabajo, al pasar por Alcañices, se encontraba a Rubén esperándola en la carretera. Se sentaban en un bar y tomaban algo, mientras se contaban todo lo que habían hecho durante el día.

Los dos estaban cansados del trabajo diario, pero cuándo se veían, todo ese cansancio desaparecía por arte de magia. Rubén estaba ansioso por pasar una noche a solas con Joana, pero la timidez y el miedo a su rechazo le impedían planteárselo. A principios de julio fue Joana la que tomó la iniciativa.

—¡Te tengo una sorpresa! Le dijo a Rubén antes de bajarse del coche.

—¡Siii! ¿y cuál es esa sorpresa?

—Hoy…. ¡Me quedo contigo!

Rubén se quedó sin palabras, una mezcla de sorpresa y alegría se le dibujó en la cara, cuando recuperó el aliento se acercó a Joana y le dio un beso a través de la ventanilla abierta del coche.

—¡No sabes lo feliz que me haces!

Una vez en su casa, Rubén se disculpó por el desorden, porque realmente no se lo esperaba. Joana se dio una ducha y se puso una camiseta de Rubén. Mientras ella se duchaba, Rubén preparó unos aperitivos y abrió una botella de vino, disponiéndolo todo en la mesa del salón, cuando estuvo conforme de cómo había quedado todo se puso a buscar una playlist en su teléfono. Cuando Joana salió del baño estaba sentado en el sofá.

—Me gusta tu casa, es confortable, le dijo a Rubén, sin apenas darse cuenta ni de lo que decía.

—¡Gracias!, respondió Rubén haciéndole señas para que se sentara a su lado.

Estuvieron picoteando y bebiendo vino mientras hablaban. Rubén le acariciaba el cabello y escuchaba atentamente todo lo que ella le contaba.

Cuando habían bebido unas copas, Rubén se puso de pie y tomó a Joana en brazos, quien comenzó a chillar y reír mientras la llevaba al dormitorio. Todo fue muy sutil, poco a poco se fueron quitando la ropa uno al otro y fueron descubriéndose tal como eran mientras se besaban con una pasión desenfrenada.

A la mañana siguiente Joana despertó con su cabeza apoyada en el pecho de Rubén. Levantó la cabeza y se quedó contemplando la desnuda belleza de su forma, con culpable placer revivió la escena de sus cuerpos apasionadamente entrelazados, sus gemidos cuando ambos se fundieron en un solo ser y su esfuerzo por apagar los gritos de placer. Un ligero

movimiento de Rubén hizo que volviera en sí, el abrió los ojos y se percató que ella lo miraba, estiró su mano y acarició sus mejillas, su pelo y sus pechos mientras que una melancólica sonrisa asomaba en sus labios. Joana volvió a reposar su cabeza en su pecho y permanecieron en silencio mientras el jugueteaba con su pelo y ella con el suyo. Más tarde Rubén se levantó, se puso un pantalón corto y se fue a la cocina a preparar café. Al regresar con las dos tazas de café en una bandeja, se quedó parado en la puerta contemplando a Joana, su cuerpo estaba enredado entre las sábanas, dejando ver sus exquisitas formas. Ella se volvió a mirarlo y el depositó la bandeja en la mesilla y se inclinó a besarla, primero en las mejillas y luego entre los pechos, haciendo que se estremeciera.

—Eres preciosa, murmuró Rubén.

Ella lo rodeo con sus brazos y acarició toda su espalda con los dedos susurrándole al oído:

—No soy para tanto, pero gracias.

Rubén le acercó una taza de café y tomó la otra para él. Lo tomaron en silencio uno al lado del otro, sentados en la cama. Cuando terminaron volvieron a tumbarse en la cama, esta vez recostados a la cabecera. Después de un rato ella le preguntó:

—¿En qué estás pensando?

El miró al techo y se rascó la cabeza antes de responder.

—Estaba pensando en lo que habría pasado si aquella noche no hubieras sufrido el accidente.

—Pues que no tendría esta cicatriz, dijo señalándose la cara.

Rubén rio, antes de ponerse serio de nuevo.

—Sí, pero… de no haber sucedido, ¿crees que tu estuvieras aquí hoy?

Joana se quedó pensando.

—No lo sé, dijo finalmente, tal vez hoy no, pero fijo que nos conoceríamos algún día. Creo que las personas están destinadas a encontrarse.

—De cualquier manera, me vas a disculpar, pero yo me alegro de que hayas tenido el accidente.

—¡Serás malo!, refunfuñó ella, dándole una palmada en un muslo.

—¿Por qué?, es la verdad.

—Bueno, es hora de levantarme y prepararme, porque tú no trabajas hoy, pero yo sí, le dijo Joana poniéndose en pie y ofreciéndole ambas manos para ayudarlo a levantarse.

—Pues ahora soy yo el que te va a dar una sorpresa, le dijo rodeándola con sus brazos.

—¡Ah! Sí, ¿cómo?

—Te llevo al trabajo y te traigo de vuelta.

—Pero… es domingo, te vas a aburrir toda la tarde solo.

—No importa, hace tiempo que no voy a Zamora, así me doy un buen paseo por el rio.

Después de darse una ducha juntos, se prepararon algo de comer y salieron para Zamora. Cuando llegaron a la residencia había algunos compañeros esperando para entrar.

Joana se despidió de Rubén y se acercó al grupo, quienes empezaron a hacerle preguntas y a hacer comentarios sobre Rubén.

Mientras Joana hacía su jornada, Rubén se dispuso a dar un paseo, primero por el centro, que a esa hora estaba despejado. Caminó tranquilamente por las principales calles, apreciando la variada arquitectura de la ciudad y luego se dirigió hacia el rio Duero, que pasa por el sur, y tiene un paseo por toda la orilla muy bonito. Estaba sumido en sus pensamientos cuando sonó su teléfono. Era su hermano Ricardo.

—¿Qué pasa campeón? Espero que me llames para decirme que todo ha salido bien y que ya

eres graduado de turismo.

—¡Pues sí!, ya terminé, ya estoy graduado y tengo una alegría metida en el cuerpo que no puedo esconder.

—Entonces vienes pronto, tengo muchas ganas de que conozcas a Joana y que me cuentes tus planes para el futuro.

—Bueno, lo primero no va a ser posible y lo segundo te lo cuento ahora, porque para eso te llamo.

—¿Qué pasa?

—Pues… que me ha salido un trabajo en un hotel en Costa Rica, primero estaré como becario, pero no me importa Rubén, porque sabes que mi sueño es viajar.

—¡No, no!, claro, yo te entiendo, pero… ¿no puedes venir?, aunque sea a despedirte.

—Rubén, ¡me voy el miércoles!, me lo acaban de confirmar y entre lunes y martes tengo que tener todo en regla.

—Bueno, pues nada, yo me alegro un montón por ti, ya estaremos en contacto para que me vayas diciendo. Y oye, ¡cuídate mucho! y has las cosas bien. Ya sabes que te quiero y te apoyo.

—Ya lo sé, no te preocupes estaré bien. Te llamo el miércoles desde el aeropuerto, besos.

—Chao.

Rubén continuó con su paseo, esta vez con su pensamiento puesto en Ricardo. Hay que ver lo que ha cambiado este muchacho, pensó.

A las 9.30, cuando Joana salió de su trabajo, encontró a Rubén recostado en su coche, esperándola. Se armó un revuelo porque todos querían conocer a Rubén y este se quedó un poco cortado con tanta expectación.

Del 14 al 17 de agosto eran las fiestas de La Historia en el Castillo de Braganza y al mismo tiempo del 12 al 17 las fiestas patronales de La Asunción y San Roque en Alcañices por lo que Rubén y Joana se pidieron esa semana de vacaciones para poder disfrutar juntos y cada uno enseñarle al otro estas fiestas. Pasaron esos días yendo y viniendo de Braganza a Alcañices para poder aprovechar los eventos más importantes. Rubén le enseñó la Sardinada popular y algunos encierros, mientras que Joana, quiso que Rubén viviera de primera mano la fiesta de La Historia, porque esta no es solo un espectáculo, sino una oportunidad para participar y sumergirse en la historia. Durante esos días el Castillo de Braganza se convierte en un escenario viviente con diversas áreas temáticas para todos los gustos. Este año estaba dedicado a los Pretendientes de La Princesa. Cuenta la historia que la Princesa se enamoró de un caballero sin riquezas, que partió en busca de fortuna para poder aspirar a ella. El alcalde del Castillo con el paso de los años organiza un torneo para encontrarle un pretendiente. Joana y Rubén se vistieron con ropa medieval y disfrutaron de varios juegos y desafíos. Rubén aprovechó y compró un chaleco con cinturón y una espada para el hijo de Jorge.

—Le prometí un regalo la última vez que lo vi. Te va a encantar ese niño, ya lo verás, le dijo a Joana.

El jueves 17 de agosto, era el último día de las fiestas, estaban en Alcañices disfrutando de la orquesta Princesa y se encontraron con Jorge y Patricia.

—Hola, dijo Patricia al verlos, este hombre está perdido desde que anda enamorado.

Se dieron un abrazo y Rubén hizo la presentación formal de Joana, aunque Jorge ya la conocía del accidente. Jorge llevaba al niño cargado y ya dormido por el cansancio.

—Bueno, y cómo les va, preguntó Jorge.

—Todo muy bien, dijo Rubén, tenemos unos días libres y hemos aprovechado porque

también son las fiestas de Braganza.

—¡Hay, sí!, dijo Patricia, dicen que son muy bonitas.

—Bueno, me la he pasado pipa, dijo Rubén. Nos disfrazamos y todo, tienen que ir alguna vez porque son una maravilla. Parece que estás en realidad en aquella época. ¿tomamos algo?

—¡Qué va!, dijo Patricia, mira cómo está Pedri ya. Nosotros nos vamos a casa. Pero tenemos una cena pendiente, ¿lo recuerdas? Le dijo a Rubén dándole una palmada en el hombro.

—Sí, sí, ¿qué te parece este sábado? Le preguntó a Joana.

—Este sábado trabajo, tendría que ser para el próximo, que es…26.

—Bueno, pues entonces quedamos para el sábado 26 a las 8 en nuestra casa, dijo Patricia con alegría.

Se despidieron y Rubén y Joana siguieron disfrutando de la orquesta hasta cerca de las 2 de la madrugada.

El viernes 25 Joana se quedó con Rubén en su casa. Pasaron la mañana del sábado casi completa en la cama, entre caricias, risas y juegos. Al mediodía prepararon algo sencillo para comer y se pusieron a ver una película. Al terminar la película se dieron una ducha y comenzaron a vestirse para ir a la cena en casa de Jorge y Patricia.

—¿Tú crees que le caeré bien a tus amigos? Preguntó de pronto Joana, que estaba poniéndose un vestido.

—Pero si ya te conocen.

—Bueno, me han visto, pero realmente no me conocen. ¿qué pasará si les causo mala impresión?

—Eso es imposible, dijo Rubén acercándose por detrás y dándole un beso en el cuello. Estás preciosa.

—Pero ¿y si se la causo?

—¡Eh! Eso no pasará, tranquilízate y sé tú misma. Estoy seguro que van a adorarte. Recuérdame el regalo para Pedrito.

Media hora más tarde, Rubén y Joana caminaban de la mano por una calle de Alcañices, en dirección a la casa de sus amigos. Al tocar el timbre apareció Jorge en la puerta.

—¡Hola pareja!, adelante.

—¡Tío Rubén! Gritó Pedritín precipitándose a los brazos de Rubén.

—¡Hola campeón!, pero que grande estás.

—¿Y quién es esta preciosidad? Dijo Joana pasándole la mano por el pelo.

—Este es Pedritín, mi sobrino.

—¿Y mi regalo? Soltó el niño sin más.

—Cha-chan, Dijo Rubén poniendo misterio al momento y entregándole el paquete que sostenía Joana.

El niño, loco de alegría, abrió el regalo y corrió veloz a enseñárselo a su madre.

—Vamos pasen, Patri está ultimando detalles. Dijo Jorge.

Pasaron por un pasillo hasta el comedor.

—Hola chicos, dijo Patricia que estaba poniéndole el traje a Pedritín.

Rubén se acercó y le dio un abrazo y dos besos.

—Bueno vosotras ya os conocéis, dijo.

—Sí, dijo Joana dándole dos besos.

—Tío Rubén, ¡mira!, dijo Pedritín poniéndose en posición de combate con la espada en alto.

—¡Oh! Por favor caballero, no me mate. Seré su fiel servidor, dijo Rubén arrodillándose frente a él con las manos en posición de súplica.

Los ojos del niño despedían una luz de alegría inmensa, Rubén lo rodeo con sus brazos y lo besó varias veces en las mejillas.

—Algo de beber, preguntó Jorge.

—Una cerveza estaría bien, dijo Rubén.

—¿Y nuestra invitada?, puedo preparar cualquier trago, te lo advierto, dijo Jorge con picardía.

Joana se quedó pensativa, dudando, pero al final se decidió por una cerveza.

Jorge sacó de la nevera las cervezas y le preguntó a Patricia.

—¿Quieres una, cariño?

—Sí, por favor. Que esté bien fría, me muero de calor. Ustedes dos, pueden ir poniendo a punto la parrilla para los chuletones, que Joana y yo nos quedamos aquí para terminar algunas cosas y ponernos al día.

—Ya nos están echando, dijo Rubén mirando a Jorge.

Ambos salieron del comedor riendo y Patricia le señaló una silla a Joana para que se sentara.

—¿Cuánto hace que se conocen ustedes? Preguntó Joana.

Nos conocimos en la Universidad, él tenía 20 años y yo 18, enseguida nos enamoramos y nos casamos hace 3 años y medio. Lanzó una mirada a su marido que estaba en el patio, una mirada llena de amor que Joana captó en el momento.

—Es un hombre magnífico, dijo después de unos minutos, y un padre maravilloso. Creo que me lo voy a quedar para siempre.

—¿Qué tal están yendo las cosas con Joana? Preguntó Jorge mientras colocaba unos chuletones en la parrilla

—De maravilla, es una chica estupenda.

—¿Le has contado tu vida?, ¿Le has mencionado el accidente de tus padres? Le preguntó Jorge con actitud seria y sosteniendo un chuletón en el aire con unas pinzas.

—¿Por qué crees que tendría que contarle esas cosas?, respondió Rubén poniéndose a la defensiva.

—Vamos hombre, tu mejor que nadie sabe lo que ha pasado con las anteriores chicas.

—Esta no es igual que las anteriores.

—¡Ah no!, pues te recuerdo que Laura era una chica estupenda y cuando las cosas se pusieron serias saliste huyendo y la dejaste con el corazón roto. Y otro tanto pasó con Bea.

—¿Por qué siempre tienes que meterte en mi vida?, Tú no estás en mi cabeza, no sabes lo que pienso.

—Pero sé cómo actúas cuando la felicidad toca a tu puerta. De una vez por todas Rubén, coge al toro por los cuernos y termina con todo eso.

—De qué crees que están hablando esos dos, preguntó Joana mientras observaba a los dos hombres desde la mesa. Había advertido que Rubén se había puesto como en guardia.

—¿Esos dos? Posiblemente de ti y del futuro.

—De mí ¿por qué? Entre nosotros todo marcha de maravillas.

—Mira, no voy a engañarte, pero Rubén no ha superado lo de sus padres.

—¡Lo de sus Padres! ¿no fue en un accidente?

—¿No te lo ha contado?

—Me ha dicho que murieron en un accidente cuando él tenía 11 años.

—Hay algo más Joana, algo muy importante que hace que Rubén no avance, sobre todo en sus relaciones.

—Me estás asustando.

—También te digo que nunca lo había visto tan ilusionado con una chica.

—No le he preguntado por sus ex, no quería parecer una celosa. ¿hubo muchas antes de mí?

—¿Tampoco te ha hablado de ellas?

—Para nada.

—¡Pues que suerte que me tienes a mí! Dijo Patricia en tono confidencial.

Joana se sonrió.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo eran? ¿se enamoró de alguna?

—Muy diferentes de ti, de eso no hay duda.

—¿De verdad?

—Claro, tú eres mucho más guapa, más pura, además tienes algo en común con él, eres enfermera.

—Y ¿qué pasó con ellas?

—Pues mira, realmente no podría explicártelo, porque Rubén es muy reservado. Pero cuándo las cosas parecían ir de maravilla todo se estropeaba.

—¡Vaya forma de animarme la tuya!

—¡Oh! Vaya torpe que soy, no quiero que pienses que eso es lo que pasará contigo. Ya te dije que contigo lo veo diferente. Lo digo por cómo te mira.

—¡Ojalá! Dijo Joana con resignación.

—¿Te gustan los niños?

—Me encantan y por lo que veo a Rubén también.

—¿No lo han hablado?

—No, la verdad es que no.

—¿Y de matrimonio?

—¿Casarnos? No, ni siquiera lo ha mencionado.

—Hum. Ya buscaré la forma de enterarme que piensa al respecto.

—¡Hay no, por favor!, no quiero que se vea comprometido.

—Es que me pica la curiosidad. Pero no te preocupes. Seré discreta.

Patricia y Joana dispusieron la mesa en el cenador y los chicos colocaron los chuletones en una fuente en el centro.

—¡Huy! Que pinta. Dijo Patricia. ¡Bueno, vamos a cenar!

Hicieron un brindis y comenzaron a servirse.

—Bueno Rubén ¿para cuándo piensas casarte con esta chica? Soltó Patricia sin más.

A Joana casi se le cae el tenedor de la mano y Rubén que estaba a medio trago, dio un salto y casi se atraganta con el vino. Tosió ruidosamente hasta que pudo hablar:

—¿Qué has dicho?

—Bueno, mírala, es guapa, inteligente, se nota que te quiere y sobre todo que tú la quieres. Todos los días no se presenta una oportunidad como esta.

—Lo cierto es que no lo he pensado. Repuso a la defensiva.

Patricia le puso una mano en el brazo para tranquilizarlo mientras se reía a carcajadas.

—Era una broma Rubén, sólo quería ver la cara que ponías. Si lo sé no te lo pregunto, casi te me ahogas.

—Eso fue porque se me fue el vino por el lugar equivocado. Protestó él, todavía tosiendo un poco.

—Lo siento, dijo Patricia, pero en el fondo estaba curiosa.

La cena transcurrió tranquila entre bromas y risas, pero Joana se dio cuenta que Rubén después de la pregunta de Patricia no había hablado casi. Mientras Patricia se encargaba de

acostar a Pedritín, Joana recogió la vajilla y los chicos recogían la mesa y los restos de la cena.

Una hora más tarde se despidieron y Rubén y Joana caminaban por las calles desiertas del pueblo. Era extraño aquel silencio que ninguno de los dos se atrevía a romper y tampoco podían explicar. Para Joana era muy extraño todo aquello, no dejaba de pensar en todo lo que le había contado Patricia y en la reacción de él ante su pregunta. No encontraba las palabras adecuadas para romper aquel silencio y al parecer a Rubén le pasaba lo mismo. Lo que se suponía que debía haber sido una cena agradable con sus amigos se había convertido en algo mucho más importante. De acuerdo, se conocían desde abril, sólo 4 meses, reflexionaba Joana, pero para ella habían sido tan intensos que le parecían 4 años, sentía que la relación era fuerte y seria. ¿acaso él no pensaba lo mismo? ¿qué habrá detrás de la muerte de sus padres? Y ¿por qué sus relaciones nunca funcionaban? ¿me pasará a mí lo mismo? Se le hizo un nudo en la garganta y miró a Rubén de reojo. Él se dio cuenta y la apretó contra su hombro.

—¿La has pasado bien?

—Sí, dijo Joana en voz baja. Me caen muy bien tus amigos.

—¿Qué tal con Patri, se han entendido?

—Si, muy bien, la verdad.

—Un poco loca, siempre dice lo primero que le pasa por la cabeza. Es mejor no hacerle mucho caso.

Joana se dio cuenta que se refería a la pregunta y su corazón dio un vuelco.

El domingo cuando Joana se despertó no encontró a Rubén en la cama, se levantó y salió al salón, lo encontró trabajando en el ordenador.

—Buenos días amor. ¿qué haces?

—Buenos días, estoy adelantando los programas de rehabilitación de los pacientes que empiezan esta semana. La verdad es que me he despreocupado un poco del trabajo últimamente.

—Entonces, ¿no vienes conmigo a Braganza?

—¡No!, vete tú, así yo aprovecho y me pongo al día.

Joana se dio cuenta que aquel hombre no era el Rubén que ella conocía. Tenía que encontrar un sendero por dónde llegar de nuevo a él y desentrañar aquella oscuridad que le estaba impidiendo ser feliz.

Durante las siguientes semanas la relación se mantenía, pero ya no era igual, Joana tenía la impresión que Rubén se había dejado llevar por esa primera ola de amor sin pensar en las consecuencias y que, cuándo se había dado cuenta de ellas, había empezado a nadar a contra corriente, quizás no todo el tiempo, pero sí a veces. Era como si estuviera utilizando el trabajo como una excusa para escapar de esa realidad.

Joana estaba decidida a llegar al fondo de la verdad.

Ya era septiembre y un sábado, después de trabajar, Joana decidió que ese sería el día para aclarar de una vez la situación con Rubén. Cuando llegó a su casa lo encontró en la cocina, estaba terminando de preparar la cena. Joana se dio una ducha y cuando salió ya Rubén la esperaba en la mesa.

—¿Qué tal has pasado el día? Le preguntó ella mientras se servía un poco de ensalada.

—Bien, dijo, sin apenas mirarla.

Joana se dio cuenta que tenía que forzar la conversación para llevarla por el camino que ella quería.

—Rubén, necesitamos hablar.

—Bien, hablemos, es lo que estamos haciendo.

—¡No! Me refiero a hablar en serio, de nuestra relación.

—¿Qué pasa con la relación?

—¿No piensas nunca en el futuro?

—A veces, pero es algo que no me preocupa demasiado, trato de vivir el presente.

Joana le tomó una mano y entrelazó sus dedos con los de él.

—¿Cuándo estamos juntos, no piensas nunca acerca de nosotros? ¿hacia dónde vamos? ¿cómo podemos acabar?

Rubén se quedó mirándola sin pronunciar palabra y Joana tomó aire y continuó hablando.

—Eres una persona maravillosa Rubén.

—Eso intento.

—¡No! Lo digo en serio. Todo lo que hiciste por mí, desde el primer día, la forma cómo te has comportado conmigo y mi familia, ha hecho que yo me sintiera una persona especial. Cuando te conocí, yo no estaba dispuesta a tener una relación, me sentía segura y libre después de pasar por una gran decepción y tú, con tu amor, tu cariño, tu paciencia, tu convicción y tu seducción rompiste con todos mis esquemas.

—Lo siento, mi intención nunca ha sido decepcionarte. Tú me interesas mucho.

—Yo sé que te intereso, pero eso no basta. Hay algo que tienes que resolver antes de continuar con esta relación.

—¿Resolver? Dijo dando un respingo y soltando de repente la mano de Joana. ¡Yo estoy bien! ¿a qué te refieres?

Joana tragó saliva antes de continuar, sabía que iba a entrar en un tema peliagudo, pero era necesario.

—¿Quiero saber por qué, el tema de la muerte de tus padres te perturba tanto?

—¿Qué? ¿qué tienen que ver mis padres en todo esto? ¿cómo quieres que me sienta? Nos quedamos Ricardo y yo solos siendo unos niños.

—Ya lo sé, pero hay más.

Él la miró sin comprender y ella le devolvió la mirada con los ojos llenos de ternura.

—Quiero decir que creo que llevas una carga que no te deja avanzar en la vida y yo estoy aquí dispuesta a ayudarte. Quiero hacerte el hombre más feliz del mundo, pero para eso debes confiar en mí.

Joana notó que Rubén bajaba la guardia, a pesar de su silencio, vio como sus ojos se ponían vidriosos y decidió continuar.

—¿Qué pasó en ese accidente?

Joana volvió a tomar su mano y la apretó con fuerza para darle ánimo. Desde su posición en la silla, un tanto encorvado y sin mirarla, Rubén comenzó a hablar:

—Mis padres eran maravillosos, nunca los vi discutir, siempre estaban contentos y pendientes de nosotros.

Rubén tenía la mirada clavada en el plato y su voz salía de su garganta como un gemido. Joana vio como abría y cerraba el puño de su otra mano.

—Yo tenía 11 años y me encapriché en que me llevaran a un partido de futbol en un pueblo cerca de aquí. Mi madre no quería, pero yo, erre que erre, no paré hasta que me dijo que sí.

Joana se dio cuenta por la expresión en su cara del esfuerzo que estaba haciendo para pronunciar aquellas palabras. Allí, sentado a su lado, vulnerable y al borde del llanto. Ella tuvo que hacer un esfuerzo para seguir mirándolo, pero no se atrevió a intervenir.

—Yo… ¡maté a mis padres! Dijo con un desgarro mientras las lágrimas corrieron por su cara. Por mi culpa tuvieron ese maldito accidente.

Por primera vez levantó la vista y miró a Joana con los ojos enrojecidos.

—¿Crees que yo merezco tener una familia? ¿crees que merezco tener mis propios hijos? Yo no puedo hacerles eso. ¡Tengo mucho miedo Joana!

Joana se puso de pie y tomó a Rubén por sus brazos invitándolo a levantarse de la mesa, se sentía culpable por llevar a Rubén hasta ese estado. Se sentaron en el sofá y él apoyó su cabeza en su regazo. Ella comenzó a acariciarle el cabello mientras pensaba cómo podía afrontar aquella situación.

—Lo siento mucho mi amor, pero quiero que sepas que no estás sólo en esto. Hay que hacerle ver a ese niño que fuiste, que no es culpable de nada, él sólo estaba viviendo su vida, creciendo como persona. Tienes que ver las cosas desde otro ángulo. Eres una persona fantástica y mereces ser feliz y tener la familia que perdiste.

—¡Gracias!, dijo Rubén todavía llorando. ¿crees que es posible? ¿me darías una segunda oportunidad?

—Todavía estamos en la primera y espero que sigamos en ella el resto de nuestras vidas.

El domingo por la mañana Joana sacó a Rubén muy temprano de la cama.

—Vamos dormilón, que tenemos cosas que hacer, le dijo dándole un beso. Y por la tarde tengo que trabajar.

—¡Ummm! Refunfuñó Rubén revolviéndose en la cama. Es pronto, ¿a dónde vamos?

—Quiero que me lleves al cementerio.

—¿Al cementerio?

—Sí, quiero que mis suegros me conozcan.

A Rubén aquella idea le pareció extraña, pero en el fondo le gustó. Entraron al cementerio tomados de la mano y allí frente a la tumba de sus padres, después de presentarles a Joana, lloraron y rieron juntos.

Las semanas siguientes la relación volvió a ser como al principio. Joana convenció a Rubén para que hiciera unas sesiones de terapia y volvieron a verse todos los días.

A finales de octubre Rubén invitó a Joana a comer al restaurante Sancho 2, ubicado en el centro de Zamora, en una plaza que llaman La Marina. Es un restaurante de mucho prestigio y tiene fama por su buena comida. Después de comer acordaron dar un paseo. Caminaron animados por la calle Santa Clara hasta llegar a La Catedral, bajando luego por El Portillo de La Lealtad y cogieron dirección al puente de Los Poetas. La conversación fue muy variada, desde lo buena que estaba la comida, hasta el buen tiempo que hacía para ser octubre. Cuando estaban por el centro del puente se detuvieron a ver unas aves que se reunían en un montículo lleno de vegetación en el mismo centro del rio. Rubén tomó a Joana por la cintura y la llevó hacia él. Sus miradas se encontraron.

—¿Qué dirías si te dijera que nunca he conocido a alguien cómo tú? Le preguntó Rubén mirándola fijamente.

—Diría…. Joana lo pensó un segundo. Que me lo dijeras otra vez. Y soltó una risita nerviosa.

—Estos últimos meses han sido una montaña rusa de emociones para mí, pero gracias a ti he encontrado la fuerza para superar mis miedos y seguir adelante.

—Tú, has sido mi roca durante todo este tiempo. No sabes cuánto valoro tu valentía y determinación para enfrentar esos miedos que te retenían y no te dejaban ser quién eres en realidad.

—Desde el primer día, cuando te encontré, llena de sangre e inconsciente, supe que eras especial. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, construir un futuro juntos y superar los obstáculos que se nos presenten.

En este punto se le hizo un nudo en la garganta, tomo aire mirando al cielo y tragando saliva le preguntó:

—¿Te gustaría casarte conmigo?

Joana se quedó sorprendida, dos lágrimas rodaron por sus mejillas sonrosadas.

—¡Sí! Claro que quiero casarme contigo. Eres el amor de mi vida y no puedo esperar más para compartir cada minuto a tu lado.

Rubén muy emocionado sacó una cajita del bolsillo de su chaqueta y se arrodilló presentándole a Joana el anillo. Varios transeúntes que pasaban por allí se detuvieron para ver la escena y algunos coches también se detuvieron, haciendo videos y fotos de la pareja.

—¡Haces que cada momento que paso a tu lado sea especial! le dijo Rubén. ¿aceptarías ser mi esposa?

—¡Sí! Rubén, acepto ser tu esposa, le respondió llorando de alegría.

Rubén colocó el anillo en el dedo que le brindaba Joana y se dieron un abrazo lleno de ternura. Los coches detenidos comenzaron a sonar los cláxones y los peatones aplaudieron como si de un espectáculo se tratara.

Al día siguiente los videos de la pedida de matrimonio ya eran virales en las redes y comenzaron a llegarle mensajes de felicitación de todas partes.

La fecha de la boda se fijó para el 10 de abril del año entrante, un año después del accidente de Joana. Pasaron esos 6 meses organizando la boda, los padres de Joana ayudaron en todo lo que pudieron. Como Rubén casi no tenía familia acordaron hacer la boda en un hotel de Braganza, al estilo portugués.

Joana invitó a muchos de sus compañeros de trabajo, algunos reservaron habitaciones en el mismo hotel para evitar conducir después de la fiesta.

La boda religiosa se celebró en la Iglesia Santa María de La Asunción a las 12 de la mañana. Después de la boda los novios salieron de la Iglesia entre aplausos y una lluvia de arroz y pétalos de rosas. Los invitados siguieron a los novios hasta el jardín de la casa de la novia, dónde se brindó un aperitivo, con diferentes quesos, jamones, vinos y dulces de todo tipo. Después de una hora salieron todos en coche hacia el hotel, haciendo sonar los cláxones.

En los jardines del hotel estaban varias carpas preparadas para el cóctel. Durante dos horas tomaron aperitivos fríos y calientes en un buffet libre, mientras se saludaban entre ellos y conversaban, siempre bajo el sutil sonido de la música. Mientras los invitados degustaban el cóctel, Rubén y Joana se hacían una sesión de fotos y poco antes de pasar al salón comedor, se hicieron varias fotos con los invitados que se lo pidieron. A las 4 de la tarde comenzó el banquete, los novios se sentaron en una mesa presidiendo el salón y los invitados en dos sendas mesas largas. El menú estaba compuesto por un entrante, un pescado, una sopa y una carne y luego un buffet de diferentes tartas, quesos, membrillo y frutas. Sobre las 19.30, Joana y Rubén abrieron el baile con el vals Danubio Azul, que dio paso a la música bailable para todos. Los novios bailaron y se hicieron fotos con sus amigos. A las 10 de la noche sirvieron una cena tipo buffet con mariscos, aves, cerdo y dulces. Un poco antes de terminar esta cena y cuando estaban a punto de salir al jardín para cortar la tarta, Rubén la vio. Era su exnovia, se había teñido el pelo, pero sin dudas era ella. Vio cómo se acercó a la barra y lo miró de lejos. Ella le hizo una señal para que la siguiera y comenzó a andar con dos copas de vino en las manos. Rubén palideció, lo menos que deseaba era un escándalo en su propia boda. Se puso de pie y le dio un beso en la mejilla a Joana.

—¿A dónde vas? Preguntó ésta, tomándole una mano.

—Enseguida regreso, debo hacer algo.

Joana lo atrajo hacia ella y le dio un beso en los labios. Rubén siguió a su exnovia que había salido por una puerta lateral después de la barra. Allí, en la parte de atrás, junto a unos contenedores de basura, estaba ella con las dos copas en la mano.

—¿Qué tú haces aquí? ¿quien te invitó? Le espetó Rubén con rabia.

—¡Tranquilo!, no te preocupes, no voy a causar ningún problema, sólo vine para desearte mucha felicidad y para hacer un brindis final. Te prometo que después me voy.

Rubén se quedó sin palabras, no sabía lo que se proponía realmente. Ella se dio cuenta de su incertidumbre.

—¡Te lo juro, tomamos la copa y me voy!

—¿Estás segura? así tan sencillo. ¿sólo para eso has venido?

—Sólo para eso, quiero estar en paz contigo.

—De acuerdo, dijo Rubén, tomando la copa que le brindaba ella.

—¡Porque encuentres al fin toda la felicidad que mereces! Dijo ella levantando la copa y tomándola de un trago.

—Gracias, dijo Rubén y se bebió la suya.

—Bien, ya me voy, te deseo un matrimonio feliz, ve con tu esposa.

Rubén la dejó allí y volvió adentro. Cuando se sentó al lado de Joana se quedó mirando a ver si la veía, pero no, ella no apareció. Habían pasado unos 10 minutos desde que Rubén se había bebido la copa cuando empezó a sentirse mal. Comenzó a sudar copiosamente, Joana se dio cuenta.

—¡Cariño! ¿qué te pasa? ¿estás bien?

—¡No!, le dijo Rubén con la cara descompuesta, tengo ganas de devolver.

Se puso de pie con la intención de ir al baño, pero no hubo tiempo, un torrente de vómito salió de su boca. Joana lo sujetó por los hombros mientras varios invitados acudían al ver lo que pasaba.

—Parece que le cayó mal la comida, dijo Joana.

Rubén intentó decir algo, pero su lengua estaba tan entumida que no podía pronunciar las palabras. De pronto empezó a perder la visión y se desplomó en la silla. En ese momento llegó Jorge y despejó un poco el lugar porque había un coro de invitados alrededor de Rubén.

—Dejen espacio, por favor, soy médico, que alguien llame una ambulancia, esto parece serio.

Jorge pidió ayuda y colocaron a Rubén en el piso, para hacerle una exploración rápida. Rubén comenzó a respirar muy fuerte, cada vez le era más difícil respirar. Joana le quitó la corbata y abrió un poco la camisa, pero la falta de aire era cada vez más evidente, hasta que soltó un último suspiro y luego ya nada. Jorge comenzó a realizarle la reanimación cardiopulmonar

—¡Vamos Rubén, respira, respira!

Dándole el masaje cada vez más desesperado.

Joana estaba angustiada, dando gritos muy nerviosa, se arrodilló al lado de Jorge, éste, después de unos minutos sin resultados, la miró con los ojos llenos de lágrimas e hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¡No! ¡No!, gritó desesperada, retomando la reanimación, ¡vamos, vamos cariño, respira, respira! Estaba toda llena de sudor, la cara empapada por las lágrimas, pero no dejaba de realizar la reanimación, cada vez con más fuerza.

Entre Jorge y su padre tuvieron que sujetarla fuerte para separarla del cuerpo inerte de Rubén. A partir de ahí entró en un estado de shock y ya no habló más. La ambulancia llegó y se

llevaron el cuerpo de Rubén. Los padres de Joana se la llevaron al hospital y quedó ingresada. Los invitados estaban confusos, nadie sabía lo que había pasado. Jorge tenía una primera impresión, pero no estaba seguro.

Como la muerte de Rubén había sido inesperada, por ley había que hacer la autopsia. Jorge buscó en el teléfono de Rubén a su hermano Ricardo, quién no había asistido a la boda porque se encontraba trabajando en Costa Rica. Hizo una llamada y le informó de lo sucedido. Era necesaria su presencia ya que Joana era la única familia que tenía y no estaba en condiciones de comparecer para hacer los trámites correspondientes. Inmediatamente Ricardo viajó a España, estaba destrozado con lo sucedido. Cuando llegó le dieron a conocer los resultados de la autopsia. Rubén había muerto por envenenamiento, específicamente, por el consumo de tintura de aconitina, que se encuentra en la raíz de una planta que se llama Acónito. La dosis letal es de 5 mg y en la sangre de Rubén encontraron 8mg. Por eso todo ocurrió tan rápido. Se abrió una investigación, entrevistaron a todos los invitados, pero nadie pudo aclarar nada, nadie había visto nada sospechoso. Era muy difícil recabar información cuando todos estaban bebidos, bailando, divirtiéndose. Lo único que era seguro es que Rubén había bebido esa tintura.

El funeral de Rubén se celebró en Alcañices 5 días después. Joana no pudo asistir, porque se encontraba en el hospital, todavía en estado de shock, bajo los efectos de la medicación que estaba recibiendo. Asistieron muchas personas y se rumoreaban muchas teorías. Jorge estuvo todo el tiempo apoyando a Ricardo, quien estaba destrozado. Rubén fue enterrado junto a sus padres y esa misma tarde Ricardo recibió un mensaje por Messenger.

—Hola, no me conoces, pero necesito hablar contigo acerca de Rubén.

—¿Quién eres?, le respondió Ricardo.

—Una amiga.

—Vale, te paso mi número y hablamos, pero ahora estoy muy cansado, llámame mañana.

Al día siguiente Ricardo recibió la llamada de la amiga misteriosa, le picaba la curiosidad. A ver que tenía que contarle aquella desconocida. ¿tendría información valiosa sobre la muerte de Rubén?

—Hola.

—Hola Ricardo, soy la amiga de Rubén. Quiero que sepas que esto que te voy a contar no se lo he dicho a nadie. No quiero problemas. ¿entiendes?

—¡Vale!, entiendo que no quieras problemas, pero ¿sabes algo sobre quién pudo ser el asesino de mi hermano?

—¡A ver!, no es que lo pueda demostrar, pero una amiga mía estaba presente en una conversación que tuvo Joana con una amiga suya. En esa conversación, Joana dejó claro que a ella lo único que le importaba era el dinero de Rubén. También dijo que haría cualquier cosa por conseguir sus objetivos.

Una sombra de odio y desprecio apareció en la cara de Ricardo.

—¡Será mentirosa, la muy desgraciada!

—Como te dije, no quiero problemas, pero pensé que tenías que saber que esa chica no es lo que parece. Para que no te dejes engañar.

—Gracias, yo todavía ni la conozco, pero ahora con lo que me dices no quiero ni verla.

—Bueno, quiero que sepas que estoy contigo, puedes contar conmigo para lo que quieras. Se lo debo a Rubén, era un buen amigo y una buena persona.

—Sí, gracias, ya te llamaré si necesito a una amiga.

Después del entierro, Ricardo ya no quiso permanecer más tiempo en el pueblo. Tenía claro

que no quería ni ver a Joana, por lo que regresó a Costa Rica cargado de odio y resentimiento.

La chica misteriosa siguió contactando con Ricardo, cada vez le inyectaba más odio hacia Joana. Al final, consiguió que Ricardo aceptara un plan para destruir a Joana. Poco a poco fueron creando el plan macabro para vengar la muerte de Rubén.

CAPÍTULO 4
LA ESTRATEGIA

Un mes después de la tragedia, Joana se incorporó al trabajo, pero no era la misma chica de antes, estaba bajo tratamiento médico y a la menor oportunidad se ponía a llorar por los rincones. Había dos chicas nuevas de auxiliares, una de ellas era Tania, que vivía en Fonfría y puso especial interés en Joana.

Esta chica estaba siempre al tanto de Joana, trataba de salir al descanso con ella y cada vez que Joana se ponía a llorar allí estaba ella para consolarla y darle ánimo. Los compañeros se daban cuenta de la obsesión de Tania, pero Joana estaba en un estado tal de depresión que lo único que veía era una amiga que estaba siempre a su disposición.

La amistad de Joana y Tania crecía cada día hasta el punto que venían juntas al trabajo, Joana venía de Braganza y al llegar a Fonfría recogía a Tania. En ocasiones se quedaba a dormir en su casa y comenzaron a salir juntas de compras y a otras actividades. Poco a poco con la ayuda de Tania, Joana empezó a salir del estado en que se encontraba.

Unos 3 meses después, Joana venía de Braganza y al pasar por Fonfría, no encontró a Tania en el lugar dónde siempre la recogía. Se acercó a su casa para ver qué pasaba, pero estaba todo cerrado. La llamó por teléfono y le saltó el contestador. Un poco preocupada continuó para Zamora. Cuando llegó a la residencia preguntó en recepción si sabían algo de Tania. Le comunicaron que Tania había llamado para decir que su abuelo había fallecido.

Aquello tomó a Joana por sorpresa, nunca Tania le había hablado de su abuelo, le había presentado a sus padres, que vivían en Bermillo de Alba, un pueblo cercano a Fonfría, pero a su abuelo no lo había mencionado nunca. También le llamaba la atención que no la hubiese llamado y que tampoco le respondiera la llamada. Antes de comenzar el turno volvió a marcarle y tampoco tuvo respuesta.

Pasaron dos días y Joana seguía sin saber de Tania, la casa continuaba cerrada y sus llamadas sin respuesta. Al tercer día, cuando Joana pasó por Fonfría, se encontró a Tania en la parada dónde siempre la esperaba.

Joana se detuvo y Tania subió al coche con cara de tristeza.

—¡Pero Tía! ¿qué ha pasado? Le preguntó Joana. ¿por qué no me coges el teléfono?

—Mi abuelo, que murió de pronto, le dio un infarto.

—¡Sí!, ya me dijeron, pero me refiero a que no me llamaste, ni me dijiste nada.

—Pero Joana ¿tú crees que estás para más preocupaciones? La verdad, no quise que pasaras por un trance como este tan pronto.

—Mira Tania, somos amigas, tú me has apoyado a mí durante todos estos meses, lo menos

que puedo hacer es acompañarte en unos momentos cómo este.

—Bueno… perdóname, pero créeme, lo hice para que no tuvieras un bajón después de lo bien que vas.

—¿Y tú abuelo? ¿de dónde salió? Nunca me hablaste de él.

—¿Cómo que de dónde salió? Era el padre de mi madre. No sé por qué no te hablé de él, la verdad. Lo cierto es que me quería mucho.

—¿Pero, vivía con tus padres?

—No, después que murió mi abuela mis padres quisieron que viniera a vivir con ellos, pero él no quiso, se quedó sólo en su casa.

—¿Estás bien? Me hubiera gustado acompañarte.

—No te preocupes, todo está bien.

Unos días después mientras iban para el trabajo Tania le dio una sorpresa a Joana.

—¡Tengo que darte una noticia! Comenzó Tania poniendo cara de felicidad.

—Que sea buena, por favor, respondió Joana.

—¡Es buenísima! Mi abuelo me dejó toda la herencia.

—¿Qué?

—¡Sí! Hoy por la mañana estuvimos con el abogado para leer el testamento, quitando la parte de la legítima todo lo demás es mío.

—Pues esto hay que celebrarlo, dijo Joana dándole una palmada en el hombro.

—Sí, ¡pero no lo vamos a celebrar con unas simples copas!, tengo una idea dándome vueltas en la cabeza.

—¿Una idea?

—Sí, pero todavía no te lo digo, hasta que todo esté listo.

—¡Ay! Que misterio madre mía. ¿no puedes darme un adelanto?

—¡No!, cuando llegue el momento lo sabrás.

Había pasado una semana desde la conversación, Joana estaba en el descanso, hablando con Enelso y llegó Tania.

—Joana ¿cuándo tienes vacaciones?, le preguntó.

—Ahora en septiembre, creo que del 10 al 25, pero se me juntan 2 días más de descanso por lo que estaré hasta el 27. ¿por qué?

—No, por nada, luego te comento.

Cuando salieron del trabajo, durante el trayecto, Tania le expuso su plan a Joana.

—Oye, tengo un amigo que trabaja en un hotel de Bermudas y puede conseguirnos un chollo para irnos 10 días de vacaciones. ¿qué te parece?

—¡A Bermudas! Pero… ¡si era dónde íbamos Rubén y yo de Luna de miel!

—¿En serio? Pues allí trabaja mi amigo, que nos puede conseguir un buen precio, es recepcionista en un hotel y además puede conseguirnos buenas excursiones y nos puede serv—ir de guía, porque conoce aquello.

Era el regalo de mis padres. Dijo Joana con los ojos llenos de lágrimas. ¿pero, por cuánto me saldría eso? Yo ahora mismo no estoy muy solvente que digamos.

—Aquí es dónde viene lo bueno. ¡Te invito yo!, esta es la celebración que quiero hacer por la herencia de mi abuelo. Sólo tienes que preocuparte por los gastos personales, del resto me encargo yo.

—¿Estás segura? Mira que Bermudas es caro.

—¡Segurísima! Tú te lo mereces, eres una buena amiga y te viene muy bien después de lo que has pasado. Así le haces un homenaje a Rubén. Él estará feliz de que finalmente hagas

este viaje.

—¡Ay, gracias Tania! Realmente creo que es bonito, aunque doloroso.

—Necesito tus datos para la reserva del vuelo y el hotel, mándamelo todo por WhatsApp esta misma noche, porque ya tenemos septiembre a la vuelta de la esquina.

Los días siguientes no hicieron otra cosa que hablar del viaje. Tania lo tenía todo arreglado, hicieron varias compras de última hora y le entregó a Joana su boleto de avión, su billete de tren de Zamora a Madrid y una copia de la reserva del hotel.

—¿Y esto? Preguntó Joana. Si al final vamos juntas.

—¡Sí!, pero es bueno que tengas tus cosas, nadie sabe lo que pueda pasar. Mi amigo Richard nos estará esperando en el aeropuerto para llevarnos al hotel. Ese día él libra, por lo que no tenemos que preocuparnos de nada.

—¡Que guay!, con guía y todo.

—He mirado el hotel por internet, es una pasada, te va a encantar.

—Dirás ¡Nos va a encantar!

—Bueno sí, ¡Nos va a encantar!

Joana revisó toda la documentación, saldrían de Zamora el día 15 de septiembre a las 7.41, en tren, llegarían a Madrid a las 8.45 y de ahí tomarían el metro para la terminal T4. El vuelo era a las 12.50 con British Airways, con escala en Londres de 1.20 horas. Después continuarían viaje saliendo de Londres a las 15.35 con una duración de 7 horas y 25 min. Llegarían al Aeropuerto de Kindley Airfield a las 19.00 h.

—El día 14 es conveniente que duermas en Zamora, yo ese día tengo que acompañar a mi madre, porque le hacen una colonoscopia. Le dijo Tania.

—¿Pero, entonces no venimos juntas? Yo pensé que dormiríamos en Fonfría.

—Yo también lo pensé, pero a mi padre le ha surgido algo y no puede acompañar a mi madre, por lo tanto, me toca a mí. Pero no te preocupes el día 15 nos vemos en la terminal de trenes sobre las 7.15. Yo también me quedaré en Zamora con una prima mía.

A Joana no le hizo mucha gracia aquel plan, pero ya estaba todo arreglado, así que habló con Inés, su amiga enfermera, para quedarse ese día en su casa.

La noche del 14 cuando llegó a casa de Inés, llamó a Tania, estaba muy emocionada con el viaje, pero Tania no contestó. Le pareció extraño, pero no le dio mucha importancia.

—Seguramente está liada con lo de su madre y el viaje. Pensó.

Al día siguiente a las 6 de la mañana ya estaba levantada. Se aseo, desayunó con Inés, que entraba a trabajar a las 7.30 y pidió un taxi para que la llevara a la estación de trenes. Llegó a las 7.10 y se sentó a esperar por Tania. A las 7.20 ya un poco nerviosa, llamó por teléfono. Soltó un suspiro de alivio cuando oyó la voz de Tania.

—¿Por dónde vienes, ya son y 20? Preguntó ansiosa.

—Joana, ha pasado algo horrible, me temo que no voy a poder ir contigo.

—¿Cómo? ¿pero qué ha pasado?

—Cuando le hacían la colonoscopia a mi madre le perforaron el intestino delgado y hubo que operarla de urgencia. Como comprenderás no puedo irme y dejar a mi padre sólo con esto.

—¡No! Claro que no, pero entonces yo tampoco voy.

—¡No, no, no!, Joana, tú tienes que ir, ya está todo pagado y no quiero perder todo ese dinero.

—Pero Tanía ¿cómo voy a ir yo sola? ¿qué hago yo allí?

—Escucha: Allí está Richard, te estará esperando con un cartel con tu nombre y te acompañará en todo. He hablado con él hace unos minutos.

—Pero… si no lo conozco. No voy a estar cómoda con él.

—Confía en mí, por favor, Richard es de máxima confianza. Hazlo por mí. Diviértete por las dos y manda muchas fotos.

—¿Estás segura? Yo creo que esto es una locura.

—¡Oye! No pierdas el tren. Llámame cuando estés en el aeropuerto. ¿vale?

—Vale, vale, adiós.

Joana llegó a la T4 sobre las 9.30, hizo el checking, despachó su equipaje y pasó los controles de seguridad. A las 10.35 estaba en la sala de espera de su vuelo. Llamó a sus padres para decirle que todo estaba bien y les contó lo de Tania. La emoción del viaje se había convertido en preocupación, pero ya estaba ahí, tenía que seguir para adelante. Llamó a Tania, quien no paró de darle ánimos y consejos.

Los vuelos fueron tranquilos, Joana estaba muy nerviosa, era la primera vez que viajaba tan lejos y sola. No paró de pensar cómo sería si fuera con Rubén, seguramente estaría mucho más calmada.

El vuelo llegó puntual y a los 35 minutos Joana estaba saliendo por la puerta de salida. Estaba tan aturdida de tantas horas de vuelo, el percance de Tania y sus sentimientos de pérdida, que no veía nada, había muchas personas esperando por sus seres queridos, pero ella no era capaz de encontrar el cartel con su nombre. Estaba tratando de enfocarse en el grupo de personas que esperaban, cuando sintió que la tomaban por el brazo.

—Hola Joana, le dijo un chico ofreciéndole la mano. Soy Richard.

—¡Ah! Hola, al final me encontraste tú a mí. Perdóname, es que estoy ciega, le contestó dándole la mano.

—Es normal, dijo Richard. ¿me permites? Y tomó la maleta de Joana. Ven conmigo, tengo el coche aquí cerca.

—Gracias, dijo Joana siguiéndolo.

Ya en el coche, Richard le preguntó cómo había sido el viaje. Joana iba contándole los pormenores mientras miraba de reojo el paisaje.

—¿Está muy lejos el hotel? Le preguntó a Richard.

—No, en 25 minutos estamos allí. Es un hotel estupendo. Te va a gustar.

El hotel Hamilton Princess y Beach Club, estaba situado al lado del puerto de Hamilton. Es un edificio moderno e impresionante. Joana se dio cuenta enseguida que se encontraba en un lugar paradisíaco. Richard la condujo hasta la recepción, dónde la esperaba Laritza, una cubana que llevaba 15 años en Bermudas. Después de registrarse Richard la acompañó hasta la habitación. Estaba situada en la 4ta planta. Era preciosa, de unos 30 metros cuadrados, con una cama extragrande, un sofá relax, un escritorio, una nevera, una cafetera, TV plana de 42”, balcón privado con vistas al puerto, armario y un baño completo con bañera y ducha de hidromasaje. Richard se despidió y le dijo que la esperaba abajo para llevarla al restaurante a cenar. Joana sacó de la maleta lo necesario y se dio una ducha. Escogió un vestido negro con un escote en la espalda y se recogió un poco el pelo. Cuando bajó a recepción todas las miradas se desviaron hacia ella, estaba preciosa, a pesar del cansancio del viaje. Richard la acompañó a uno de los restaurantes del hotel que tenía unas vistas panorámicas impresionantes. El salón estaba vacío, ya eran más de las 9.30 de la noche.

—¿Quieres que te acompañe? Le preguntó Richard.

—¡No! De ninguna manera, ya has hecho bastante por mí hoy. Estoy cansada, creo que después de cenar me iré a la cama.

—Bien, entonces te dejo que cenes tranquila, mañana yo trabajo, estaré en la recepción.

Cuando termines de desayunar pasas por allí y te cuento un poco de las cosas que puedes hacer.

—Vale, gracias por todo Richard, que descanses.

—De nada, hasta mañana.

Joana terminó de cenar, la comida estaba riquísima y el trato del camarero fabuloso. Salió y dio un pequeño paseo por la terraza del hotel, hacía una temperatura buenísima. Pasó por recepción y estuvo hablando con Laritza unos minutos, la cubana le parecía muy simpática. Después subió, se puso el pijama y se cepilló los dientes. Hizo una llamada por WhatsApp a sus padres para informarles que ya estaba en el hotel y que todo estaba bien. Antes de meterse en la cama salió al balcón, podía ver el puerto con todas sus luces y un montón de yates de todos los tamaños. Era precioso.

CAPÍTULO 5
LA SEGUNDA TORMENTA

Durmió 9 horas del tirón. Eran las 8 cuando abrió los ojos. Se preparó y bajó a desayunar en una terraza. Cuando terminó fue a ver a Richard.

—¡Hola!, buenos días, le dijo cuando estaba frente a él.

—¡Buenos días! ¿has dormido bien?

—He dormido estupendamente, me siento como nueva. Lista para descubrir un poco de estas islas.

—Pues mira, tengo varias recomendaciones. Puedes visitar el Jardín Botánico, Las cuevas Cristal y Fantasía, el Museo Nacional de Las Bermudas o dar un paseo por la calle Front, que comienza aquí mismo en el puerto. También puedes ir a la playa.

Joana se quedó pensativa, se estaba arrepintiendo de haber ido sola a ese viaje. Finalmente comenzó a hablar.

—Creo que iré al museo y dejaré la playa y las tiendas para otro día.

—Bien, buena elección, te va a gustar. Tienes que ir en ferri o en taxi, como prefieras.

—Creo que mejor en ferri.

Richard le indicó cómo hacer para llegar al ferri y el procedimiento para entrar al museo.

El trayecto en ferri fue maravilloso, el Museo Nacional está situado en las fortificaciones del siglo XIX del astillero. Tiene dos secciones, la sala abovedada Queen´s Exhibition Hall alberga tesoros de 18 naufragios importantes. En la planta superior, el primer edificio de hierro fundido del mundo, contiene salones relacionados con la historia del país desde la esclavitud hasta la II guerra mundial. Joana pasó 4 horas recorriendo todo el edificio y los terrenos adyacentes, visitó la casa del comisionado y caminó por la orilla de la playa y por los bonitos jardines. Cada vez que veía algo interesante le era imposible no recordar a Rubén.

—¿Si pudieras ver esto conmigo, mi amor? Se preguntaba.

Hizo muchas fotos y mandó algunas a sus padres y a Tania, aunque esta no había respondido a ninguno de sus mensajes.

Por la tarde después de comer, decidió quedarse en la piscina. Era una piscina infinita, con un islote en el centro con bar y tumbonas. La temperatura era estupenda y las vistas impresionantes. Cuando subía a la habitación pasó por recepción a ver a Richard.

—Bueno ¿qué tal el día? ¿lo pasas bien?

—Sí, un poco sola y nostálgica, pero bien.

—¡Pues prepárate!, mañana te tengo preparado un plan genial. Estoy de descanso y estaré contigo todo el día.

—¡Oye!, qué si tienes cosas que hacer, tú por mí no lo hagas, ya me las apaño yo sola.

—¡No, no! lo hago con gusto, además no tengo otra cosa mejor que hacer.

—Vale, pues nos vemos mañana.

Después de cenar se dio un pequeño paseo por los alrededores, llegando hasta el paseo marítimo. Volvió a insistir con Tania, pero ninguno de los mensajes estaba marcado como leído. Aquello le pareció preocupante. ¿le habría pasado algo a su madre? En la residencia tampoco tenían que saber, porque estaba de vacaciones. Tomó aire y prometió no preocuparse más. Ya se enteraría cuando apareciera.

A la mañana siguiente se levantó temprano y después de desayunar se fue a recepción a esperar a Richard. Allí se encontró con la cubana, quien después de charlar un poco la invitó para el día siguiente ir de compras por Hamilton, cosa que a Joana le encantó. Richard llegó sobre las 9.30.

—Buenos días, veo que has hecho una amiga, dijo dirigiéndose a Joana.

—¡Sí!, la verdad es que Laritza se está portando muy bien conmigo, incluso tenemos planes para mañana.

—¡Ah sí! ¿y a donde la llevas? Preguntó a Laritza.

—La voy a llevar al centro, de compras.

—Pues muy bien. Voy a recoger el Twizy y nos vamos.

—¿Recoger qué? Preguntó Joana

—Es un coche eléctrico pequeñito, los alquilamos aquí en el hotel. Son muy chulos. Le dijo Laritza. ¿y a dónde van hoy?

—La llevo a las cuevas. Contestó Richard ya cuando se marchaba.

—¡Ay!, son preciosas, ya verás. Dijo Laritza.

Las cuevas Cristal y Fantasía están ubicadas en Hamilton Parish al norte de Hamilton. Cuando llegaron compraron las entradas, primero fueron a Cristal. Joana se quedó impresionada con la belleza de aquel lugar. Eran impresionantes las formaciones de estalactitas y estalagmitas blancas y los lagos de agua cristalina. Atravesaron el lago Cahow Lake de 17 metros de profundidad. Joana hizo muchas fotos estaba tan emocionada que no se dio cuenta que estaba llorando. Richard se quedó mirándola.

—¿Qué te pasa? ¿por qué lloras?

—Pues no lo sé, dijo Joana limpiándose las mejillas con cara de culpable. Será que me he puesto nostálgica.

Seguidamente visitaron la cueva Fantasía, ubicada relativamente cerca de Cristal. Para descender a esta cueva hay una pendiente importante por lo que Richard sostuvo a Joana de la mano mientras descendían. Aquí Joana volvió a quedar deslumbrada por las formaciones en los techos y las paredes, cubiertas de depósitos de calcita que parecen cascadas de hielo.

La visita terminó y Richard invitó a Joana a dar un paseo por la playa Horseshoe Bay, famosa por sus arenas rosadas.

—¿De dónde conoces a Tania? Preguntó Joana después de haber caminado unos metros por la orilla del mar.

—¿No te lo dijo?

—No, apenas tuvimos tiempo de hablar de ti.

—Nos conocimos en Madrid, un fin de semana loco, estuvimos saliendo una temporada, pero luego la distancia enfrió la relación. ¡Eso sí!, continuamos en contacto como amigos. Mintió Richard.

—Entonces… ¿eres de Madrid?

—Sí, volvió a mentir.

—¿A ti tampoco te ha escrito? Desde que llegué no contesta mis mensajes y me parece raro.

—Es que ella es rara. A mí tampoco me ha escrito. Pero no te preocupes, ya la conozco y cuando menos lo esperes aparece.

—Es que operaron a su madre y luego no he sabido nada.

—Si algo hubiese pasado ya lo sabríamos. Las malas noticias siempre llegan pronto. Las buenas se hacen esperar.

—¿Qué tiempo llevas aquí en Bermudas?

—Llegué hace 5 meses, un amigo mío que lleva aquí 10 años me ayudó a encontrar el trabajo. Trabaja en el puerto en la oficina de alquiler de yates. Ya lo conocerás. ¡Pero bueno, háblame de ti!

—Soy enfermera en una residencia para personas mayores en Zamora. ¿La conoces?

—¿A Zamora?, Sí, pero eso ya lo sé, porque Tania me lo ha dicho.

—¡A! Claro.

—Me refiero a tu vida. ¿tienes a alguien?

—Lo tuve. Joana bajó la mirada, una sombra apareció en su rostro.

—¿Quieres hablar de ello?

—Es mejor que no. Es algo doloroso.

—Richard tomó por un instante la mano de Joana, pero ella la retiró de inmediato mirándolo con curiosidad.

—Mira Richard, te agradezco y mucho lo que haces por mí, le dijo Joana, pero en estos momentos no estoy preparada para tener una relación, si eso es lo que buscas, es mejor que lo dejes.

—No te voy a mentir, eres muy atractiva, pero si no estás preparada lo respeto. Pero por favor, permíteme ser tu amigo y hacerte la estancia aquí más placentera.

—Vale, pero prométeme que no intentarás otra cosa.

—¡Lo prometo!, dijo Richard levantando una mano en forma de juramento. ¿te apetece comer aquí cerca? Hay un restaurante de comida jamaicana que seguro te gusta. Es comida casera.

—¡Pues sí!, tengo hambre.

El resto de la velada lo pasaron hablando animadamente de la isla. Richard le prometió pasar el siguiente día de descanso en la playa. Regresaron al hotel sobre las 5 de la tarde.

—Tenías razón con la comida, estaba buenísima, le dijo Joana ya en el hotel. Ella se quedó hablando con Laritza en recepción mientras él devolvía el coche.

El día siguiente Joana y Laritza pasaron toda la mañana en el centro, recorrieron todas las tiendas de la calle Front, un paseo marítimo lleno de edificios de colores pastel muy pintorescos. Hicieron una parada en el parque Queen Elizabeth, con unos jardines espectaculares y luego fueron a comer al restaurante Red Door en una terraza frente al mar con vistas fabulosas, donde Joana, le contó a Laritza, todo lo que había pasado y como había llegado a la isla ella sola. A Laritza le pareció sorprendente todo lo que Joana le contó y quedó con ella para visitar el Jardín Botánico en su próximo descanso.

Al día siguiente, como lo había prometido, Richard pasó a recoger a Joana y se fueron a la playa privada del hotel. No era una playa muy grande, pero si muy chula y bien cuidada. Estuvieron bañándose, tomando el sol y bebiendo algunas copas en el bar. Luego comieron en la cafetería y volvieron al agua. Hablaron de sus respectivos trabajos y de su vida en general. Richard quiso llevar la conversación a dónde él quería, pero cada vez que sacaba el tema, Joana se ponía tensa y cambiaba de asunto.

Cada día Joana se sentía más a gusto con sus nuevos amigos, la soledad de los primeros días

fue desapareciendo y comenzó a disfrutar de aquella experiencia con un poco menos de culpa. Visitó el Jardín Botánico con Laritza e hizo un recorrido por las islas con Richard. Para este recorrido alquilaron una Scooter. Cuando regresaban al hotel pasaron por el puerto.

—Quiero que conozcas a mi amigo Iván, le dijo Richard cuando bajaron de la moto.

Lo encontraron en el muelle con unos clientes. Esperaron a que terminara.

—¡Hey!, ¿qué dice el mejor comercial de Las Bermudas? Le dijo Richard extendiéndole una mano.

—¡Ya quisiera yo!, dijo Iván mientras le daba la mano.

—Mira, esta es Joana, es portuguesa y trabaja en España. Pasa unos días en el hotel.

—¡Encantado Joana!, dijo Iván ofreciéndole la mano.

—Mucho gusto.

—¿Te está tratando bien este bribón?

—¡Sí! Muy bien, respondió Joana.

—Oye, ¿podemos hablar esta noche? Necesito que me hagas un favor, le dijo Richard a Iván.

—¡Claro!, pasa luego por casa y ya sabes, si está en mis manos, lo puedes dar por hecho.

—Vale, Gracias tío. Nos vemos luego.

—Adiós Joana, que lo pases bien.

—Adiós, un placer.

El día 22 Joana se fue a visitar el Acuario, el Zoo y el Museo de Historia Natural. Esta vez lo hizo en autobús. Cuando regresó al hotel pasó por recepción a saludar a Richard y contarle su experiencia.

—¿Qué tal? ¿te gustó el plan de hoy? Le preguntó Richard nada más verla.

—¡Sí!, la he pasado genial, me ha gustado muchísimo.

—Pues, para mañana no hagas planes, porque tengo uno que seguro te va a flipar. ¿has navegado en yate alguna vez?

—¡No! En yate no, he subido a ferris y catamaranes, pero ni en yates, ni en barcos grandes. ¿por qué? No me digas que vamos a pasear en un yate.

—¡Bingo! Mi amigo Iván lo ha arreglado todo, mañana salimos después de comer, tenemos el yate toda la tarde.

—¿Pero, vamos nosotros dos solos?

—¡Claro!, ya lo he cogido otras veces. ¿no confías en mí?

—¡No! Sí confío, pero me refiero a si sabes bien lo que haces. ¿no es peligroso?

—Que va. Ya he consultado, y el tiempo estará estupendo. Ya verás lo bien que lo pasamos.

Joana se quedó un poco indecisa, pero después pensó que si Iván se arriesgaba a dejarle un yate a Richard era porque confiaba en él.

El día siguiente pasó la mañana en la piscina, cuando subía a la habitación estuvo hablando con Laritza, le mencionó lo del paseo en yate, más que nada para observar su reacción, pero al parecer era algo normal. Después de comer en la terraza del restaurante Anchor, subió a coger algunas cosas para el paseo y cambiarse de ropa. Cuando bajó, ya Richard la esperaba.

—¿Preparada para una tarde inolvidable? Le preguntó.

—Preparada, respondió Joana.

—¿Cogiste bañador y toalla?

—Sí, creo que tengo todo lo que necesito.

—¡Pues vamos allá!

Llegaron al puerto sobre las 3 de la tarde. Iván los estaba esperando.

—Richard, recuerda, a las 7 de la tarde tienen que estar de regreso. No me falles

—¿Te he fallado alguna vez?

—Ya sé que no, pero es bueno recordártelo. Pásenla bien y disfruten del paseo.

—Gracias, respondieron los dos al unísono.

El yate era pequeñito, se trataba de un yate motovelero. Tenía un camarote con baño, una pequeña cocina y una estación de navegación con fácil comunicación con la estación de mando. En la cubierta se encontraba el timón y los controles del motor, así como dos sofás y una mesita central. Cuando subieron Richard le mostró el yate y le dijo que podía dejar sus cosas en el camarote. Joana se dio cuenta que Richard había dejado su mochila en la cocina.

El yate zarpó y mientras se alejaban Joana hizo un montón de fotos. Desde el yate las vistas eran espectaculares. Avanzaron mar adentro por el atlántico.

—¡Richard, no te alejes tanto! le gritó Joana, me da miedo estar solos en medio del mar.

—Tranquila, ya nos detenemos aquí. Quiero que veas esto.

Richard tiró el ancla y seguidamente se quitó la camiseta y los pantalones quedándose en bañador.

—¿Qué haces? Le preguntó Joana.

—¡Vamos!, ponte el bañador que quiero que nos bañemos aquí.

—¿No es peligroso?

—No, que va, es precioso.

—Vale, me cambio.

Mientras Joana se ponía el bañador, Richard se tiró al agua, tenía en la mano una careta de buceo. Joana salió y lo vio en el agua.

—Vamos, ven, le gritó Richard, coge la careta que te dejé en la mesita.

Joana cogió la careta y se la enrolló en la muñeca. Se tiró al agua de pie.

—Ponte la careta y mira, le dijo Richard cuando la tenía a su lado.

Se pusieron las caretas y comenzaron a bucear. Joana se quedó impresionada por la belleza que vieron sus ojos. Nunca había visto algo tan maravilloso. Cientos de peces de diferentes tamaños pasaban por su lado dejando un destello de colores que contrastaban con el azul del océano. La luz del sol se filtraba a través de la superficie, creando un espectáculo de rayos de luz que bailaban en el agua. En un principio tuvo miedo, pero Richard le dio la mano y le hizo señas de que todo estaba bien. Estuvieron disfrutando del agua y las vistas durante un buen rato.

—Vamos a subir ya, tengo los dedos entumidos, le dijo Joana.

Una vez en el yate, Richard bajó a la cocina y subió con una botella de champán, unas copas y algo para picar. Puso música y se sentaron uno frente al otro. Descorchó la botella, llenó las copas y le brindó una a Joana levantando la suya.

—¿Por qué brindamos? Preguntó Joana.

—Por los que no están, dijo mirando al cielo.

A Joana se le dibujó una mueca en la boca, le pareció extraño aquel brindis, viniendo de Richard, pero no hizo ningún comentario y bebió de su copa. Se bebieron casi toda la botella, bailaron y se rieron de las bobadas de Richard. Eran casi las 6 cuando Richard le dijo que era hora de salir de allí. Levantó el ancla y arrancó el motor.

—Vamos un poco más allá, a ver si tenemos suerte. Dijo Richard

—¿Suerte de qué? Preguntó Joana.

—De ver delfines, le dijo con una sonrisa en la boca.

—¿En serio? ¿es posible?

—¡Si!, yo los he visto varias veces.

El yate se desplazó a gran velocidad mar adentro, Joana se dio cuenta que no se veían costas por ningún lado. Finalmente, Richard detuvo el motor y le dijo a Joana que estuviera atenta. Estuvieron allí un buen rato sin apenas hablar, tratando de escudriñar cada trozo de mar. Estaban tan entretenidos que no se dieron cuenta. El cielo comenzó a ponerse gris. Una niebla espesa chocó contra la proa del yate y una masa negra de nubes se arremolinó en el horizonte, creando una pared imponente que avanzaba hacia ellos. Richard se dio cuenta, e inmediatamente puso en marcha el yate para salir de allí, pero comprobó que era imposible, trató de comunicarse con el centro de mando, pero no funcionaba ningún aparato. El viento comenzó a rugir con fuerza, sacudiendo el yate y haciendo que las olas se elevaran en picos amenazadores. Los relámpagos iluminaban el cielo por momentos con destellos cegadores, mientras los truenos retumbaban con un eco estrepitoso. Richard aferrado al timón luchaba por mantener el control en medio del caos desatado por la tormenta, pero era imposible, le pidió a Joana que le alcanzara su móvil, pero se dieron cuenta que ambos teléfonos estaban sin cobertura, ni siquiera encendían. Joana desesperada se aferró a Richard. El agua golpeaba el casco del yate con furia, inundando la cubierta y haciendo que la embarcación se balanceara peligrosamente de un lado a otro. El sonido del metal y la madera retorciéndose y crujiendo se mezclaban con los gritos de ellos, del viento y el estruendo de los truenos. Una ola gigantesca estremeció el yate haciendo que Richard se estrellara contra uno de los bordes del yate arrastrando a Joana con él. El golpe en la cabeza lo dejó desmayado y Joana tuvo que luchar para arrastrarlo hasta el centro del yate. Estaban los dos empapados. Joana trataba de reanimarlo, poco a poco Richard volvió en sí.

—Richard ¿cómo te encuentras?, estoy muy asustada.

—Tengo la visión borrosa y estoy muy cansado, le dijo en un susurro. Tengo sed.

—Vale, voy por agua.

Joana se abrió paso en medio del balanceo hasta la cocina, cogió una botella de agua y regresó de prisa dónde Richard. Cuando llegó estaba convulsionando. Enseguida se dio cuenta por los síntomas que debía ser una hiperglucemia por estrés. Lo puso de lado y dejó que pasara el ataque. Cuando abrió los ojos intentó sentarlo para darle un poco de agua.

—Richard, escucha, ¿eres diabético?

—Si, tengo la insulina en mi mochila, dijo con un hilo de voz.

—Vale, tienes que beber agua, vamos, haz un esfuerzo.

Joana intentó que bebiera un poco de agua y volvió a la cocina por la insulina. El agua caía a raudales y el yate parecía una pluma en medio del mar. Cogió la mochila de Richard y vació todo su contenido encima de la meseta intentando ser lo más rápida posible. Las manos le temblaban y mientras se movían entre las cosas, encontró algo que le paralizó el corazón. Allí estaba una foto de Rubén, siguió buscando y encontró su cartera, sacó el carnet que había dentro y leyó: Ricardo Fernández. Pero, ¿qué estaba pasando allí?, cogió finalmente la insulina y subió llevando la foto y el carnet.

—¿Me puedes explicar que haces con una foto de mi marido y por qué en este carnet dice que te llamas Ricardo Fernández? Le preguntó con furia arrodillándose como pudo a su lado.

—Yo soy el hermano de Rubén, susurró Richard. ¿me pones la insulina por favor?

—¡No! Hasta que me expliques de que va esto.

—Lo sabes bien, tienes que pagar por lo que hiciste.

—¿Qué? ¿qué se supone que hice?

—Tú lo envenenaste, lo mataste. Me quitaste lo único que yo tenía en la vida por un puñado de dinero.

—Pero, ¿de qué hablas? ¿cómo se te ocurre? Yo amaba a Rubén. ¿quién te metió esas cosas en la cabeza?

—Tania, Tania me lo contó todo. Te oyeron hablando de tus planes.

—Eso es mentira, dijo Joana llorando y gritando, dándose cuenta de la trampa que le había montado Tania.

De repente, una ola gigantesca se elevó del océano, envolviendo al yate en su furia y lanzándolo hacia el abismo del mar. Joana cayó encima de Richard y trató de agarrarse desesperadamente de lo que pudo mientras el yate se hundía rápidamente en las profundas, oscuras y tumultuosas aguas del triángulo de Las Bermudas, dejándolos a merced de las fuerzas indomables de la naturaleza.

Mientras todo esto sucedía, en la isla, Iván se había preocupado al ver que sus amigos no regresaban. Intentó ponerse en contacto por todas las vías posibles sin resultado.

Finalmente se presentó en el puesto de mando y dio parte de la desaparición. La búsqueda comenzó a la mañana siguiente, los padres de Joana fueron avisados y viajaron hasta Bermudas desesperados. Se armó un revuelo internacional y por la presión de la familia y la prensa la búsqueda se extendió durante varios meses sin resultado alguno.

CAPÍTULO 6
UN NUEVO MUNDO

Sus ojos comenzaron a parpadear, lentamente se fueron abriendo, adaptándose a la blanca y radiante luz de aquel lugar. Después de un breve tiempo pudo ver con claridad. Frente a ella había una pantalla digital, que mostraba, al parecer, sus constantes vitales. Se dio cuenta que estaba en una especie de urna de cristal y que su cuerpo estaba levitando. Miró sus brazos buscando algún dispositivo conectado y no encontró nada, se llevó una mano a la cara y la pasó suavemente por sus mejillas. Se dio cuenta que una luz empezó a parpadear en la pantalla e inmediatamente vio como entraban 3 personas vestidas rigurosamente de blanco, un hombre alto, de piel marrón claro, pelo lacio oscuro y unos ojos azules muy profundos y dos mujeres de características parecidas. Se acercaron a ella y comenzaron a hablar en un idioma que Joana no entendía. Después de un pequeño debate el hombre se dirigió a ella y le preguntó en inglés cómo se llamaba, Joana entendió la pregunta, sabía inglés básico, pero no para mantener una conversación fluida.

—¿Habla portugués o español? Le preguntó casi con miedo.

—¡Sí!, hablamos español, le respondió el hombre con una sonrisa que dejó ver unos dientes blancos que resaltaban con su color de piel.

—Me llamo Joana. ¿dónde estoy?

—Estás a salvo, de momento no vamos a entrar en detalles que puedan desestabilizar tu estado, que ahora mismo es muy bueno. Descansa y mañana podrás salir de aquí y sabrás todo lo que tengas que saber. ¿de acuerdo?

—Pero ¿han avisado a mis padres? Deben estar preocupados.

—Todo está bien, Joana. Mañana hablamos. ¿estás conforme?

—De acuerdo, dijo Joana con resignación.

Los extraños visitantes salieron de la habitación hablando entre ellos en aquel idioma desconocido para Joana. Durante esa noche tuvo unas pesadillas horribles. Se encontraba en el mar en medio de una tormenta que se la tragaba y mientras más luchaba por salir más profundo caía.

Al día siguiente por la mañana la visitó el hombre de los ojos azules.

—Buenos días Joana, dijo una vez dentro. Voy a sacarte de aquí. Te dejaré ropa adecuada e iremos a mi despacho para que hablemos y me hagas todas las preguntas que quieras. ¿te parece bien?

—¡Sí, claro!, dijo Joana con cara de felicidad. Estoy ansiosa por saber cosas.

El hombre accionó un mando y la urna de cristal comenzó a bajar hasta una altura cómoda

para que pudiera bajar. Después se abrió y tanto la tapa como los laterales se recogieron hacia la parte de abajo. Joana se sentó.

—Ve despacio, le dijo el hombre ofreciéndole una mano para ayudarla. Allí encontrarás ropa y calzado de tu talla, le dijo señalándole una puerta de cristal.

Joana se dirigió despacio hacia la puerta y entró en una especie de vestidor. Se probó varias cosas hasta que encontró un vestido a su gusto y unas sandalias. Se peinó un poco el cabello y salió.

—Lista, le dijo al hombre.

—Bien, pues acompáñame, le dijo indicándole la puerta.

Caminaron por un pasillo hasta el despacho. Todo estaba pintado de blanco y las puertas y ventanas eran de cristal. Las luces blancas brillantes se reflejaban en el suelo claro como destellos.

—Bien, le dijo el hombre una vez que entraron y se sentaron. Yo me llamo Anán y soy médico. Estoy aquí para aclararte todas las dudas que tengas. Pero, primero quiero hacerte unas preguntas. ¿qué es lo último que recuerdas antes de despertarte aquí?

—Estaba de vacaciones en Las Islas Bermudas, salimos en un yate a dar un paseo y nos cogió una tormenta tremenda. Los mandos del barco dejaron de funcionar, los teléfonos no funcionaban tampoco. Fue horrible. Joana comenzó a llorar.

—¿Cuántos iban en el barco?

—Dos ¿es que no han encontrado a Richard? Dijo sorprendida.

—Al parecer Richard no lo consiguió.

—Bueno, tampoco es que me importe mucho, después de lo que me hizo. Pero, bueno ¿dónde estoy?

—Bien, no quiero que te asustes. Iremos despacio. Estás en otra galaxia, en un rincón estelar que se llama Aliria.

—¿Qué? Vamos hombre, no me tomes el pelo.

—Ya sé que te parecerá extraño y que te llevará tiempo asimilar todo esto, pero es la verdad. Le ha pasado a todos los que han llegado.

—¿Hay otros?

—Sí, a lo largo de los años han sido muchos los que han llegado aquí. Seguramente has oído hablar de los barcos y aviones desaparecidos en El Triángulo de las Bermudas.

—¡Sí!, pero eso no está demostrado. ¿cómo es que ninguno ha regresado?

—Porque no se puede. Esto es un puente de una sola dirección. No sabemos cómo llegar a tu mundo. Llevamos años estudiando y todavía no hemos descubierto por qué, hay una sola dirección.

A Joana se le encogió el corazón, las lágrimas le invadieron sus ojos. ¿y su familia? ¿cómo iba ella a vivir ahora? De pronto pensó que todo aquello solo era un sueño y que despertaría en cualquier momento.

—Nuestro equipo te acompañará en todo momento para que no estés sola. Yo personalmente me encargaré de enseñarte este rincón galáctico.

—¿Y dónde voy a vivir? ¿cómo hago para mantenerme? ¿para comunicarme?

—Lo tenemos todo previsto, ya estamos acostumbrados, como te dije han sido muchos los que han llegado de tu mundo. Tenemos un complejo habitacional para estos casos. Allí tendrás un hogar con todas las cosas que necesitas. En cuanto al idioma no tienes que preocuparte, todos sabemos español. A medida que han ido llegando personas hemos ido incorporando sus idiomas a nuestro sistema educativo. De momento solo tienes que preocuparte por integrarte, conocer

nuestras costumbres y nuestro rincón galáctico. Cuando estés lista podrás incorporarte a nuestra red laboral. ¿a qué te dedicabas en tu mundo?

—Soy enfermera, trabajo en un centro residencial para personas mayores. O trabajaba, dijo con pena cuando había terminado la frase.

—Bien, pues podrás formarte en ese mismo campo si lo deseas. Ahora si me esperas un rato podré llevarte a tu hogar para que lo conozcas y te instales. ¿de acuerdo?

—De acuerdo, dijo Joana sin todavía creerse todo lo que estaba pasando.

Anán salió del despacho y Joana se quedó allí, asimilando todo lo que acababan de decirle.

—¡Dios mío, esto no puede estar pasándome de verdad! ¿me tendrán secuestrada en algún lugar? ¿y si lo que quieren es vender mis órganos? ¡No, no!, tengo que hacer algo. Se puso de pie y se acercó a la puerta sigilosamente, tenía el presentimiento que estaría encerrada, pero no, la puerta se abrió. Salió al pasillo y anduvo unos pasos, de pronto vio salir a alguien al pasillo, se quedó petrificada pensando que la cogerían para volver a encerrarla. La persona, toda vestida de blanco se acercó a ella, era una mujer. Joana estaba temblando, se recostó a la pared queriendo con todas sus fuerzas que se abriera para desaparecer. La mujer se detuvo a su lado y le puso una mano en el hombro. Joana cerró los ojos.

—¡Joana! ¿estás bien?

Abrió los ojos despacio y vio a la mujer con una sonrisa que solo trasmitía dulzura. Se dio cuenta que era una de las que había estado con Anán el día que despertó.

—Sí, sí, dijo con un hilo de voz, al mismo tiempo que soltaba toda la tensión del momento anterior.

—¿Necesitas algo? Soy Lyra, asistente del doctor Anán. Él está terminando las últimas visitas y enseguida estará contigo. Pero si no te sientes a gusto en el despacho puedes pasear por el pasillo. Eso sí, por favor no entres en los cubículos, no queremos invadir la privacidad de los pacientes. ¿está bien?

—Por supuesto, gracias Lyra.

Joana ya más tranquila continúo paseando por los pasillos. No creo que si se tratara de un secuestro me dejaran andar por aquí a mi aire. Pensó. Se dio cuenta que todas las paredes del hospital eran como de cristal montado en una estructura al parecer metálica. Había estado una media hora explorando por allí cuando vio que venía Anán.

—Bien, ya podemos irnos. Espero hayas estado cómoda mientras esperabas. Me disculpo si te pareció mucho tiempo, pero tenía que cumplir con mi trabajo. Aquí somos muy estrictos.

—¡No!, todo ha estado bien, mintió Joana.

Anán la condujo hasta un ascensor y una vez dentro oyó como él indicaba su destino. Se quedó mirándolo extrañada. Él se dio cuenta.

—Aquí todo funciona por comando de voz, ya te acostumbrarás.

El ascensor comenzó a subir y otra vez Joana se quedó descolocada. Llegaron a la última planta y salieron a la azotea donde se encontraba el aparcamiento. Joana se quedó paralizada, no podía creer lo que veían sus ojos. Estaban en un rascacielos y desde allí podía ver toda la ciudad, perfectamente diseñada, todas las calles rectas formando cuadrados exactamente iguales. En el centro un conjunto de edificios altos de unas formas y una arquitectura que parecía que desafiaban la gravedad en estructuras metálicas envueltas en cristal fusionando elegancia y funcionalidad. Aquellas fachadas de vidrio capturaban la luz del sol y las estrellas y la proyectaban en caleidoscopios de colores por las calles. Los coches voladores surcaban el aire en perfecto orden creando un paisaje urbano en constante movimiento. A medida que la ciudad avanzaba hacia afuera la altura de los edificios iba disminuyendo poco a poco, lo que hacía un

efecto visual de pirámide. Anán sacó a Joana de su ensueño invitándola a subir a su coche. Era precioso, de un color azul turquesa, por dentro asientos confortables color beige que podían perfectamente convertirse en cama para viajes largos. Tenía una gran pantalla y un mando en forma de luna. No había pedales, ni palancas.

Antes de salir Anán le explicó el funcionamiento.

—El coche es completamente autónomo, está conectado con un centro de vuelo que dirige el tráfico en todo momento. Todos los servicios son por comandos de voz. Cuando subes le dices la dirección deseada y él calcula la ruta. Cuando lo usas por primera vez se activa el reconocimiento por vibración de voz y ya solo tú puedes conducirlo. También cuenta con un traductor instantáneo adaptado a tu idioma, o sea, cuando le hablas por primera vez queda definido el idioma al que traducirá automáticamente todas las llamadas y mensajes que te envíen. Como ves, todos los aparcamientos están en las azoteas, excepto en las casas unifamiliares de las afueras que lo tienen en el patio.

Joana estaba maravillada con los avances que estaba viendo. Los límites de su imaginación se desdibujaban, porque allí las posibilidades eran infinitas. Anán dio la dirección deseada y el coche comenzó a subir lentamente hasta la altura correspondiente para avanzar. Joana se dio cuenta que había varios niveles para circular o en este caso volar, si miraba hacia arriba podía ver coches volando por encima de ellos y lo mismo si miraba hacia abajo.

El edificio donde iba a vivir tenía unas 8 plantas por lo que se encontraba ya saliendo de la parte más alta de la pirámide. Su apartamento estaba situado en la planta 7 y en ese nivel había sólo otro apartamento. Como todos los edificios la estructura era metálica y todo lo demás de cristal templado, que podía ser transparente o translucido.

Tenía un salón, una cocina-comedor, una habitación, un baño, y dos terrazas, una mirando hacia el centro de la ciudad y otra hacia la parte más baja. Estaba equipado y amueblado con muebles y tecnología avanzada. Cuando Llegaron a la puerta Anán le dijo que colocara su dedo en un dispositivo colocado en la pared. Otra vez Joana se quedó sorprendida.

—No hay llaves le dijo Anán, que se había dado cuenta de su incertidumbre. Ya tu huella está registrada. Cada vez que quieras acceder a lugares donde tienes acceso o permiso solo tienes que poner tu huella y listo.

Una vez dentro Anán comenzó a explicarle el funcionamiento de la casa.

—Aquí también todo es por control de voz. La llevó hasta un dispositivo instalado en el salón. Pones tu huella aquí y una vez que te presentes tu voz queda grabada y solo tú podrás accionar todo el funcionamiento. ¡Venga hazlo!, le indicó. Joana se acercó, puso su dedo y se presentó.

—Hola, soy Joana. Dijo con un poco de timidez.

—Bien, le dijo Anán, ahora solo tienes que poner un nombre a tu asistente, el que tú quieras y luego pedir la acción que quieras. Encender una luz, apagarla, cerrar las persianas o abrirlas, poner música, la televisión, que te comunique con un número de teléfono etc.

—¿Y cómo hago? Preguntó Joana indecisa.

—Solo di un nombre y a partir de ahí el sistema lo reconocerá como tu asistente.

Joana se quedó pensando, no sabía que nombre usar para eso, al final se decidió por lo que ya conocía.

—¡Alexa! Enciende la tele.

Una pantalla digital gigante apareció en la pared del salón.

—¿Qué tipo de programa deseas ver? Dijo una voz femenina desde la pantalla.

—Un programa musical, dijo Joana dejando la boca abierta.

Apareció un concierto musical.

—Bueno, poco a poco irás descubriendo cómo funciona todo esto, le dijo Anán, en cualquier caso, también puedes preguntar tus dudas a tu asistente y él te responderá. Ahora voy a llevarte de compras.

Anán llevó a Joana a sendos centros comerciales donde se podía encontrar alimentación, ropa, calzado, muebles, tecnología y todo lo que pudiera imaginar. En Aliria, la tecnología era omnipresente, integrada a cada aspecto de la vida diaria para hacerla más cómoda y eficiente. La alimentación era una mezcla fascinante de tecnología avanzada y adaptación a los recursos locales lo que permitía la creación de alimentos sintetizados. Estos eran producidos por replicadores de comida que utilizaban materia prima básica para crear platos complejos y nutritivos, garantizando una dieta equilibrada sin necesidad de grandes superficies de cultivo. Antes de llevarla a casa estuvieron dando un paseo por el centro. Las calles, solo peatonales, estaban impolutas, sin un solo rastro de suciedad, gracias a la avanzada tecnología de limpieza automatizada. Las luces de neón destellaban en todas partes, iluminando las calles y los edificios con una paleta de colores deslumbrantes. Cada esquina era un espectáculo visual, con hologramas que proyectaban arte digital en el aire y pantallas interactivas que mostraban información en tiempo real

Esa noche a Joana le costó conciliar el sueño, tenía tanta información nueva almacenada, eran tantos los sentimientos encontrados que por momentos estaba feliz por haber conocido ese nuevo mundo y otros muy triste por saber que ya nunca más volvería a ver a los seres queridos de su viejo mundo.

Al día siguiente después de su jornada, Anán la llevó a la ciudad industrial, allí estaban concentradas todas las fábricas e industrias. Se encontraba a unos 400 km de la capital de Aliria y durante el vuelo Joana pudo ver los paisajes impresionantes de aquel rincón galáctico. Era una joya de biodiversidad y belleza natural, ante sus ojos se desplegaban una serie de vistas impresionantes. Al salir de la ciudad vio playas de arena negra que despedían destellos con la luz del sol como si de piedras preciosas se tratara. El agua de un profundo azul oscuro llegaba a la orilla suavemente en forma de espuma blanca dejando un contraste maravilloso con la arena negra. Conforme avanzaban, el paisaje se transformó en una densa selva. Árboles gigantescos con copas frondosas se alzaban hacia el cielo, entrelazados con lianas y cubiertos de musgo y flores exóticas. De vez en cuando se podían ver aves de colores vibrantes volando muy cerca de ellos. Un poco más allá el coche sobrevoló una cadena de montañas imponentes con picos majestuosos. Varias cascadas caían por las laderas creando ríos y lagos de diferentes colores donde se reflejaban las montañas, añadiendo un toque mágico al entorno. A medida que se alejaban de las montañas el terreno se convirtió en valles fértiles y campos verdes. Podían verse variados cultivos que se extendían en patrones geométricos, intercalados con pequeños pueblos y granjas que mostraban una arquitectura más sencilla, pero encantadora. También pudo observar formaciones rocosas únicas y extrañas, esculpidas por la erosión durante años. Estas formaciones, a veces con formas que desafiaban la gravedad, añadían un toque de misterio y maravilla al ya diverso paisaje del lugar.

A medida que se acercaban a la ciudad industrial, el sol empezaba a ponerse, tiñendo el cielo de tonos anaranjados, rosados y púrpuras. La ciudad, aunque lejos de la belleza natural del resto de la galaxia, presentaba un espectáculo propio con sus luces y estructuras futuristas que se reflejaban en el cielo de aquel atardecer. De regreso a la capital, ya de noche, Joana pensaba en aquella experiencia visual asombrosa desde la serena belleza natural de playas, selvas y

montañas hasta la impresionante y reluciente ciudad industrial. Todo en una misma galaxia, en un nuevo mundo lleno de maravillas naturales y tecnológicas.

Durante las siguientes semanas Joana siguió conociendo aspectos de la vida cotidiana en su nuevo mundo, siempre en compañía de Anán, quien se esmeraba porque ella estuviera contenta y feliz. La llevó al centro de estudios superiores y la animó para que se formara como asistente médico (Especialidad que se correspondía con enfermería). Pronto Joana se estaba formando, se dio cuenta que todo era distinto. Su trabajo era mayormente informático y tecnológico. No había tratamientos invasivos por lo que el contacto físico con los pacientes era nulo.

Desde un inicio Joana y Anán mantienen una relación estrictamente profesional. Primero Anán ocupa el rol de anfitrión, compartiendo con ella todos sus conocimientos generales de la galaxia y tratando que se adapte a su nueva vida, ayudándola en los momentos más vulnerables. Ahora ocupa el rol de mentor, guiando a Joana en su formación como asistente médica. Ellos pasan largas horas estudiando juntos, compartiendo conocimientos y experiencias. Ya pasados los primeros meses Joana comienza a vincular los estudios con las prácticas. Discuten casos clínicos, intercambian ideas y resuelven problemas médicos juntos. Joana está maravillada por la paciencia y la sabiduría de Anán, mientras él admira su capacidad de aprendizaje, su dedicación y su curiosidad.

A medida que pasan más tiempo juntos, su relación se vuelve más personal y comienzan a conocerse más allá del ámbito profesional.

Durante los descansos y después del trabajo empiezan a hablar sobre sus vidas, intereses y sueños. Anán comparte historias de su vida antes de conocerla y Joana le cuenta sobre su pasado, el amor con Rubén y la venganza de Tania, dejando a Anán sorprendido por los sentimientos retorcidos de algunos terrícolas.

Poco a poco comienzan a realizar actividades juntos fuera del trabajo, como viajar por la galaxia, asistir a eventos culturales o simplemente cenar. Estas experiencias refuerzan cada vez más su vínculo lo que hace que empiecen a surgir sentimientos más profundos. Sin embargo, ambos son cautelosos, por una parte, Joana tenía una herida tan grande en su corazón que no le permitía avanzar y por otra, Anán, era la primera vez que sentía aquello que ni él mismo sabía lo que era. Su instinto y una fuerza interior lo empujaba a proteger a Joana, estaba pendiente de que no le faltara nada, que descansara bien y sobre todo que no viviera en el pasado. Joana se sentía cada vez más cómoda y feliz en su presencia.

Vivieron momentos significativos juntos, tanto en el trabajo como fuera, reforzando su conexión emocional.

Una noche mientras cenaban Anán le hizo una pregunta que dejó a Joana descolocada.

—¿Qué dirías si te dijera que nunca he conocido a alguien como tú?

Joana se estremeció, las lágrimas asomaron sin remedio y se convirtieron en una cascada en sus mejillas. Casi sin aliento, pero esta vez sin dudarlo le dijo:

—Diría… dímelo otra vez.

Anán no comprendía nada, no sabía si aquel llanto era de emoción o porque había dicho algo que la lastimaba.

—¿Qué pasa? ¿he dicho algo que no debía? Preguntó con la angustia reflejada en la cara.

—¡No! Dijo ella todavía llorando. Perdóname, pero no lo comprenderías. Será mejor que nos marchemos. ¡Por favor!

—Claro, dijo Anán, sin llegar a comprender nada.

Durante el trayecto a casa no se dijeron ni una palabra, Joana simplemente estaba en el

Puente de Los Poetas de Zamora, sus lágrimas caían sobre su pecho empapándole el vestido y Anán estaba paralizado, no se atrevió a romper aquel silencio a pesar de sus enormes ganas de abrazarla y hacer desaparecer aquella tristeza de su bella cara.

Al día siguiente Joana se disculpó por su actuación, se le veía más tranquila y todo continuó como de costumbre.

Una semana después fueron a una exposición de pintura y al salir dieron un paseo por la ciudad. Hacía una temperatura muy agradable, una fina brisa chocaba contra sus cuerpos mientras caminaban y hacía que sus cabellos flotaran en el aire de vez en cuando. Anán invitó a Joana a sentarse en un parque, donde las flores emitían un resplandor suave y natural. De vez en cuando las luces de neón iluminaban sus rostros por un instante. Anán con un gesto tímido le tomó una mano y sus ojos se encontraron, sus dedos se entrelazaron y una fuerte oleada de tranquilidad y emoción invadió todo el cuerpo de Joana, una suave vibración, recorrió toda su piel, comenzando por su cabeza y extendiéndose hasta la punta de sus dedos. Una energía desconocida fluyó a través de ellos, conectándolos de una manera más allá de lo físico, más allá de lo emocional. Sus labios se acercaron y al final se encontraron. El tiempo se paró alrededor de ellos, envolviéndolos en una sensación de paz y plenitud absoluta.

—Joana, no sé cómo explicarte lo que estoy sintiendo ahora mismo, pero te aseguro que nunca antes lo he sentido. Desde que llegaste mi vida ha cambiado de una forma descomunal. No solo eres una compañera excepcional, sino que te has convertido en el centro de mi vida. Sencillamente eres el motor y la razón por la que me levanto cada día.

Joana sintió como su corazón se aceleraba, Anán la estaba mirando con una profundidad que la hizo sentir vista como nunca antes. Lentamente se acercó y volvieron a besarse.

La relación de Joana y Anán se consolida. Aprenden a equilibrar su vida profesional con su nueva relación personal. Siguen trabajando juntos, pero ahora con una conexión emocional más profunda que fortalece su colaboración. La confianza y el amor mutuo mejoran su desempeño y satisfacción en el trabajo. Comienzan a hacer planes para el futuro considerando como quieren construir su vida juntos.

Con el paso de los días Anán se anima a invitar a Joana para que se viniera a vivir con él. Joana acepta y se traslada al apartamento de Anán en el centro de la ciudad. Ahora que pasan todo el tiempo juntos Anán comienza a ver cosas en Joana que hacen que comience a preocuparse.

La primera noche que duermen en su casa se despertó por unos gritos desesperados de Joana, asustado la abrazó y trató de tranquilizarla muy despacio.

—¿Qué pasa mi amor? ¿tenías una pesadilla?

—Sí, es horrible, no hay noche que no la tenga y siempre la misma.

—¿Por qué no me habías dicho nada? Podemos ayudarte con eso.

—No quería preocuparte, pensé que con el tiempo desaparecería.

—Joana, no quiero que te guardes nada. Quiero que estés bien, esa es mi misión. Si no soy capaz de hacerte la mujer más feliz de la galaxia, entonces habré fracasado.

—Eres maravilloso, si yo no logro la felicidad total no será porque no lo hayas intentado con todas tus fuerzas.

Además de las pesadillas, Anán observa que Joana a veces parece ausente, como si su mente estuviera en otra parte. En ocasiones la sorprende mirando por la ventana y se da cuenta que su mirada está perdida, le hablaba y no respondía, sumergida en un estado de ensimismamiento. Esto hace que su preocupación por el estado mental y emocional de Joana vaya en aumento.

Ya decidido a solucionar estos problemas decide hablar con ella de sus preocupaciones.

—Mi amor, estoy muy preocupado por ti. Quiero que me hables de tus pesadillas y de esos momentos de ausencia que hacen que nos distanciemos. Le dijo una noche estando ya en la cama.

Joana al principio se quedó pensativa, pensaba que Anán ya había hecho todo lo que podía por su felicidad, pero en el fondo sabía que su problema no tenía solución, ni siquiera con el amor más grande del mundo. Aun así, decidió confesarle todo lo que la atormentaba.

—Anán, eres el hombre más noble, honesto, cariñoso, sincero y bello que he conocido. Me lo has dado absolutamente todo.

Unas lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Te aseguro que, en otras circunstancias, yo sería la mujer más completa del universo. He sido y soy muy feliz contigo y sé, que harías cualquier cosa por mí, pero hay algo muy dentro de mí, que me falta, algo que hace que mi cerebro esté constantemente recordándomelo. Yo tengo un pasado, tengo una familia, tengo otro mundo y eso tú, aunque quieras, no puedes devolvérmelo. Cada noche en mis sueños yo viajo a ese otro mundo, veo a las personas que amo y al despertarme compruebo que solo ha sido un sueño, entonces mi corazón se encoje y ni con el bombardeo constante de tu puro amor, es capaz de inflarse por completo.

Anán escuchaba hablar a Joana, mientras las lágrimas empapaban sus ojos. La tomó entre sus brazos y la besó por todas partes en silencio. Ella recibió los besos sin dejar de llorar.

—¡Gracias! Le susurró Anán en el oído.

Joana después de aquella confesión tan sincera se quedó dormida en los brazos de Anán, pero este no pudo dormir en toda la noche, vio cómo se retorcía durante sus pesadillas y la arropó en sus brazos con amor. Cuando amaneció ya Anán había tomado una decisión.

—Buenos días, le dijo dándole un beso, cuando vio que Joana abrió los ojos.

—Buenos días, mi amor, le respondió.

—Hoy va a ser un día muy especial, le dijo mirándola fijamente a los ojos.

—¡Ah, sí! ¿y eso por qué?

—Tengo que confesarte algo, pero no quiero que te enfades conmigo. Quiero que comprendas por qué lo he hecho.

—¿Hacer qué? Me estás asustando.

—Te he mentido, dijo, sentándose en la cama y clavando la vista en el suelo.

—¿Mentido en qué?

—Si que hay una forma de llegar a tu viejo mundo. Pero te advierto que es muy peligroso y que solo uno de nosotros lo ha hecho.

—¿En serio? ¿pero, por qué me lo has ocultado?

—Esto es algo serio Joana, ¿te imaginas que tu mundo nos descubra? Pondríamos en peligro a nuestra galaxia. Nosotros estamos muy avanzados en comparación con ustedes, pero somos pacíficos, carecemos de armas, jamás hemos estado en conflicto con ninguna otra galaxia. Eso sin contar con las enfermedades. Tú no lo sabes, pero cada vez que han llegado personas de tu mundo hemos tenido que hacer tratamientos muy costosos para garantizar la seguridad de nuestra población. ¿si me entiendes, verdad? Le preguntó levantando la vista y tomándole una mano.

—Te entiendo, le dijo poniendo su otra mano encima.

—Por eso no puedo poner en riesgo a mi gente. Tengo que sacrificar algo que para mí es muy importante. Tengo que renunciar a mi vida aquí.

—¿Vendrás conmigo? Preguntó Joana con cara de sorpresa y felicidad.

—Iré, sola es imposible que pases, pero tendrá sus consecuencias. Le dijo mirándola muy serio.

—¿Qué consecuencias? Preguntó con cara de preocupación.

—Te lo explico, y luego decides lo que quieres hacer, yo hago lo que me pidas, estoy dispuesto a todo. En primer lugar, tengo que ir a ver a mi bisabuelo, él me dará las pautas que necesitamos para la travesía. Él ha sido el único que lo ha hecho. Después necesitaré que me ayudes para poder hacer vida en tu mundo. Me refiero a que me describas los documentos esenciales para poder moverme allí. Tienes que tener en cuenta que lo más posible es que no lleguemos juntos, y también debes saber que antes de partir tus recuerdos serán borrados, por lo que cuando llegues allí, lo último que recordarás será la tormenta que te trajo aquí.

—¿Entonces, no me acordaré de ti?

—¡No!, ese es el sacrificio tan grande del que te hablé. Pero yo sí lo recordaré y haré todo lo que pueda por encontrarte y hacer que vuelvas a enamorarte de mí. Entonces habrá valido la pena. Quiero que lo pienses, y esta noche me dices tu decisión.

Joana pasó todo el día dándole vueltas al asunto, al final pensó que bien valía la pena intentar tener la felicidad completa, así que, esa noche antes de ir a la cama le tomó ambas manos y le dijo:

—¡Hagámoslo!

Anán pasó la siguiente semana preparándose para el viaje, habló con su bisabuelo y estudió con Joana muchas cosas particulares de Portugal y España. En cuanto a geografía no había de que preocuparse porque ellos conocían perfectamente a la tierra.

Anán se despidió de su familia, sus compañeros y amigos con la excusa que viajaría con Joana unos días.

El día indicado salieron de la ciudad y se dirigieron a las montañas que ya había visto Joana en su viaje a la Ciudad Industrial. El coche aterrizó en un valle situado en la ladera de la montaña más alta.

—Desde aquí tendremos que ir caminando, dijo Anán, es un poco trabajoso, pero te ayudaré.

Con la ayuda de un dispositivo parecido a un teléfono se fueron guiando montaña arriba. Después de un rato caminando estaban cansados y llenos de sudor, aunque no hacía un calor intenso. Caminaron durante aproximadamente 2 horas hasta que llegaron al lugar que indicaba el dispositivo. Anán busco con afán un punto que le había dicho su bisabuelo hasta que lo encontró. Al accionar el punto, una piedra en forma de lápida comenzó a abrirse hasta quedar el espacio necesario para que pasara una persona. En este punto sacó de su bolsillo un frasco y se lo entregó a Joana.

—Es necesario que bebas esto.

—¿Qué es?

—Es lo que hará que olvides todo esto, dijo Anán con resignación y dolor.

—¿De verdad es necesario? Te prometo que no digo nada.

—Es necesario, no sabes a la presión que te verás sometida una vez estés allí.

—Vale, dijo Joana suspirando y lo bebió de un trago.

Una vez que entraron, Anán volvió a buscar un punto para cerrar la puerta.

—A partir de ahora debemos ir separados, pase lo que pase ten confianza y déjate llevar por lo que sea. ¿de acuerdo?

Se dieron un último beso lleno de pasión y sus miradas se encontraron durante unos minutos como si quisieran dejar grabados en la retina la figura del otro. Luego se adentraron

en la cueva.

Joana le siguió a cierta distancia, a medida que avanzaban el túnel se hacía más estrecho. Un ruido ensordecedor los hizo poner alertas y un poco más adelante los iluminó una luz violeta intensa seguida primero, por una llovizna fina y fría y luego por una masa de agua enfurecida que los envolvió y los arrastró con ella. Luego oscuridad.

CAPÍTULO 7
EL REGRESO

El contacto áspero de la arena en su cara y la suave brisa del amanecer hicieron que Joana despertara. Poco a poco se incorporó. Estaba desorientada y aturdida. Había pasado todo un año desde su desaparición, pero para ella ese tiempo no había pasado, sus últimos recuerdos eran de la furiosa tormenta que sufrieron.

Unos turistas mañaneros que paseaban por la playa de Tobacco Bay en la isla de Saint George, fueron los que la encontraron y por su aspecto y su vestimenta extraña decidieron acercarse para ayudar si era necesario. Se dieron cuenta que estaba cubierta de arena, desconcertada y débil, por lo que inmediatamente llamaron a las autoridades. Joana fue trasladada a un hospital en Hamilton para evaluar su estado de salud.

La noticia de su aparición se difundió rápidamente, su rostro había salido en todos los medios de comunicación hacía un año, se había llevado a cabo una extensa búsqueda que duró meses y había sido seguida por millones de personas en el mundo. Su reaparición en el mismo lugar de donde había desaparecido era un misterio que nadie podía explicar.

Las autoridades locales, en colaboración con agencias internacionales, iniciaron una investigación exhaustiva. Los médicos confirmaron que físicamente Joana estaba en buen estado, aunque un poco deshidratada y hambrienta. Sin embargo, no mostraba signos de daño psicológico ni físico que explicaran su falta de recuerdos del último año.

El reencuentro con su familia, que inmediatamente viajaron a Bermudas al saber la noticia, fue emotivo y lleno de lágrimas. Sus seres queridos, que habían pasado el último año entre la esperanza y la desesperación, no podían creer que estuviera viva y aparentemente ilesa. La única sombra que empañaba aquella alegría era la incertidumbre de dónde había estado y qué le había sucedido durante todo ese tiempo.

Los medios de comunicación se agolparon en Las Bermudas. Periodistas de todo el mundo llegaron para cubrir la noticia, convirtiendo a Joana en el centro de atención internacional. Teorías y especulaciones abundaban: Desde secuestros hasta fenómenos paranormales. Algunos hablaron de experimentos secretos, otros de abducciones extraterrestres.

Las entrevistas con Joana fueron controladas meticulosamente por su familia y las autoridades. Ella misma estaba ansiosa por entender qué había ocurrido, pero cada intento la llevaba al yate con Richard y sus últimos momentos juntos. Científicos y especialistas en memoria intentaron ayudarla, sin éxito.

El impacto de su reaparición fue enorme. Las redes sociales se llenaron de mensajes de amigos, compañeros y conocidos que estaban expectantes esperando su regreso, pero también de

diversas teorías y debates. Las Bermudas, ya envueltas en misterios y leyendas, se convirtieron en el epicentro de un nuevo enigma. La comunidad científica se dividió entre los que buscaban explicaciones racionales y los que estaban abiertos a posibilidades más extraordinarias.

Después de un intenso mes, Joana y su familia regresaron a Portugal. Las autoridades de Braganza prepararon un acto de bienvenida y sus familiares, amigos y compañeros no demoraron en visitarla para festejar su vuelta al mundo.

Cuando todo el asunto de su aparición se calmó, Joana, relató a sus padres todo lo que había descubierto sobre Tania y Ricardo. Decidieron contactar con los agentes que habían llevado el caso para ponerlos al corriente. La investigación de la muerte de Rubén fue abierta y comenzó la búsqueda de Tania. Finalmente, después de una investigación exhaustiva fue encontrada en Madrid. Los investigadores con la ayuda del teléfono de Tania pudieron ubicarla en un pueblo de la Cordillera Cantábrica durante el mes de febrero del 2022. En este lugar podía encontrarse la planta de Acónito, la causante del envenenamiento de Rubén. También pudieron recuperar todos los mensajes enviados a Ricardo, con los detalles de su plan macabro para asesinar a Joana. Por último, pudo ser ubicada en el hotel donde se celebró la boda el día 10 de abril sobre las 11 de la noche. Con todas estas pruebas Tania fue detenida y sometida a un interrogatorio riguroso que desembocó en su confesión, por lo que fue arrestada y posteriormente condenada por el asesinato de Rubén.

Después del juicio, ya más tranquila, Joana se planteó arreglar todos sus asuntos. Lo primero que hizo fue legalizar a su nombre la casa de Alcañices y poner fin al alquiler de la consulta. Una vez que la casa estuvo a su nombre hizo algunas reformas y la puso en venta. Había ganado algo de dinero con las entrevistas y portadas de revistas después de su reaparición. Se planteo regresar a su trabajo y comprar una casa en Zamora. Ya estaba cansada de tantos viajes.

En unas de sus últimas visitas a Alcañices fue a visitar a sus amigos Jorge y Patricia.

El encuentro fue muy especial para los tres, estuvieron abrazados en la puerta durante unos minutos sin pronunciar palabra, mientras Pedritín los observaba sin entender aquel llanto de sus padres y Joana.

—Nos alegramos mucho cuando supimos que estabas viva, le dijo Patricia sin dejar de llorar.

—Ha sido muy duro para nosotros, dijo Jorge, primero Rubén y después tú.

—Pero bueno, vamos adentro, que nos hemos quedado aquí parados, dijo Patricia animándolos a pasar y cerrando la puerta.

—Hemos estado al tanto de todo, nos alegramos que al final la culpable de todo esté pagando por lo que hizo, dijo Patricia.

—No debería decir esto, pero ella no merece vivir. Dijo Jorge.

—Así es, afirmó Joana, espero que no salga nunca. Me ha destrozado la vida.

—Pero, bueno, vamos a cambiar de temas dolorosos, propuso Patricia. ¿Qué tal estás ahora?

—Estoy bien, todavía sin entender que fue lo que pasó, ni dónde estuve. Creo que tendré que retomar mi vida y no vivir en el pasado.

—Una cosa Joana, dijo Jorge. ¿cómo es que no reconociste a Ricardo?

—Realmente, nunca lo vi, las pocas fotos que tenía Rubén eran de niño. Se suponía que nos conoceríamos en la boda, pero como le salió el trabajo en Costa Rica no vino.

—En el funeral si estuvo, dijo Jorge, pero tú estabas en el hospital. Me estuvo contando unas teorías sobre ti. Yo traté de hacerle ver que estaba equivocado, pero al final se marchó enseguida y me olvidé del asunto.

—Bueno, y cuéntanos. ¿qué piensas hacer ahora? Preguntó Patricia.

—Pues mira, he puesto la casa de Rubén en venta y me voy a incorporar a mi trabajo. Quiero irme a vivir a Zamora porque ya no quiero más ajetreo.

—Me parece estupendo Joana, sabes que puedes contar con nosotros para lo que quieras. Dijo Jorge.

—Lo sé, y lo agradezco mucho, ustedes ya forman parte de mi vida.

La visita a sus amigos había despertado en Joana la nostalgia por Rubén. Sentía que pasara lo que pasara, Rubén siempre estaría en su corazón para el resto de su vida.

En enero del 2024 Joana se incorporó a su trabajo. El recibimiento en la residencia fue muy bonito, todos querían abrazarla y preguntarle cosas. De hecho, ese día no pudo concentrarse en el trabajo, se pasó toda la tarde llorando, estaba sobrepasada de tantas muestras de cariño. Durante el descanso estuvo hablando con Enelso, Olga y Belén, quienes la pusieron al día de todos los acontecimientos de aquel año que había estado ausente.

—Por cierto, le dijo Enelso, tenemos médico nuevo, ya Wilmer no está con nosotros.

—Y eso, ¿qué pasó? Con lo majo que es Wilmer.

—Pues que le salió algo mejor, más estable, dijo Olga. Está trabajando en una mutua.

—¿Y qué tal el nuevo?

—Como médico no sabemos, porque lleva poco tiempo, dijo Belén, ¡pero está cañón!

—Ya debe estar aquí, ahora cuando subamos te lo presento, dijo Enelso.

Subieron por la escalera del fondo hasta la planta principal donde se encontraba el despacho médico y Enelso llamó a la puerta suavemente.

—Adelante, se oyó una voz potente.

Enelso entró al despacho seguido por Joana.

—Mire Doctor, dijo Enelso, le quiero presentar a una enfermera que aún usted no conoce, pero que lleva mucho tiempo con nosotros.

El médico, un hombre alto, de piel marrón claro, pelo lacio oscuro y unos ojos azules muy profundos se puso de pie y se colocó frente a Joana.

—Mucho gusto, soy Anán, es un placer conocerte.

Con un gesto tímido le extendió la mano, Joana hizo lo mismo y sus ojos se encontraron, sus manos se juntaron y una fuerte oleada de tranquilidad y emoción invadió todo el cuerpo de Joana. Una suave vibración recorrió toda su piel, comenzando por su cabeza y extendiéndose hasta la punta de sus dedos. Una energía desconocida fluyó a través de ellos, conectándolos de una manera más allá de lo físico, más allá de lo emocional. Ante la mirada atenta y desconcertada de Enelso, sus cuerpos se acercaron hasta que sus ojos se perdieron los unos en los otros y sus labios se juntaron en un beso apasionado. El tiempo se paró alrededor de ellos, envolviéndolos en una sensación de paz y plenitud absoluta.

Por favor escanea este código QR.

